

Cuarto paso de la serie Inmerso en Cristo

Sé Un Ministro

*Ejerce el ministerio
de Cristo
con toda persona que te relaciones.*

Cómo puedes ser, a través de tus Expresiones, un Mediador
de la Vida de Dios a los demás

Por David M. Knight

¡Bienvenido a la Vida a Través del Amor!
Durante estas primeras semanas
de “Tiempo Ordinario” nos
enfocaremos en mediar la
vida de Dios a los demás.
Esto lo hacemos dando
expresión visual a
la vida invisible de
Dios en nosotros.

Estas reflexiones se enfocan en mostrarnos cómo ejercer el sacerdocio que recibimos durante el Bautismo. Están escritas para motivarnos y apoyarnos a ejercer el *ministerio* entre nosotros mismos.

Sacerdote sólo hay uno, Jesucristo. Pero todos los que nos “hemos convertido en Cristo” por medio del Bautismo somos “sacerdotes en el Sacerdote”. Todo cristiano bautizado es un sacerdote.

Todos nosotros hemos sido comisionados, consagrados y comprometidos por la unción del Crisma en el Bautismo a consentir que Jesús mismo actúe y ejerza su ministerio como *sacerdote* a través de nosotros. Ésta es la Buena Nueva: cuando llevamos el ministerio a los demás, no somos sólo nosotros, sino Cristo quien ejerce su ministerio a través de nosotros.

Ejercer el ministerio siempre implica sacrificios. Dedicarle un minuto o una hora de tu tiempo a alguien es darle un minuto o una hora de tu vida. Y no hay un amor más grande que este: entregar la vida por un amigo.

San Pablo exhorta a los bautizados: “a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios”. Donde sea que estén nuestros cuerpos vivos, ahí somos sacrificados para permitir que Jesús ejerza su ministerio a través de nosotros; por medio de nuestros cuerpos. Lo hacemos al dar expresión física a su amor, su verdad y su vida invisible en nosotros.

Estas reflexiones están basadas en las lecturas de las Misas de las semanas 11 a la 18 de Tiempo Ordinario. Se enfocan en el llamado que recibimos al ministerio. Para aquellos de ustedes que han adoptado “*Reaching Jesus – Five Steps to a Fuller Life*” como un plan de vida, son la continuación del Cuarto Paso: “Siendo un Sacerdote”.

¡Vive, ama y disfruta!

En Su amor,

Domingo XI de Tiempo Ordinario (Año A)

La Misión de Ser Ministro

INVENTARIO

¿Cuál es el objetivo del ministerio de la Iglesia? ¿Qué trata de hacer Dios por la humanidad a través de todas las obras del ministerio de su Iglesia? ¿Cómo actúa Dios sobre ti y en ti para salvar al mundo?

ALIMENTACIÓN

El enfoque de la Misa de hoy es el *ministerio* de Dios: tanto *a* la Iglesia como *a través* de ella. El ministerio de Dios, y el nuestro propio, es lograr el alivio, la reconciliación y la unión por medio del amor.

Todo ministerio depende de Dios. Así, en la Antífona de Entrada nos dirigimos a Dios como nuestra “ayuda” y nuestro “Salvador” (Salmos 27). En la Oración Colecta le pedimos que nos ayude a “seguir a Cristo”, porque sólo estando cerca de él podemos ejercer su ministerio al actuar como su cuerpo.

Para poder ejercer el ministerio como el cuerpo resucitado de Cristo, tenemos que actuar “en la unidad del Espíritu Santo”. Y así, en la Oración Colecta Alternativa, reconocemos que estamos conscientes de que el “egoísmo puede separarnos”, y nos alegramos en la fe que nos “une” como “una familia” en la fe y el amor.

El Salmo Responsorial lo resume todo: “*Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño*”. Dios nos ha reunido como rebaño para guiarnos a pasturas verdes, en donde nos alimentamos mutuamente al permitir que Cristo sea alimento con nosotros, en nosotros y a través de nosotros. Esto es lo que significa ser “*sacerdotes en el Sacerdote*” por medio del Bautismo.

Un “Reino de Sacerdotes”

En la lectura del **Éxodo 19:1-6**, Israel es un anticipo de la Iglesia: “un reino de sacerdotes... una nación... consagrada” a Dios, enviada a “anunciar las maravillas de aquél que los llamó de las tinieblas a su admirable luz” (San Pedro 2:9).

Ser Cristianos es, entonces, ser *llamados a ejercer el ministerio*. Todos los cristianos han sido consagrados como *sacerdotes* durante el Bautismo, en el momento en que el ministro les ungió la cabeza con el Crisma y declaró: te unjo “con el Crisma de la Salvación para que incorporado a su pueblo seas para siempre miembro de Cristo, *Sacerdote, Profeta y Rey*”.

Estas palabras presentan nuestra “descripción de trabajo” como cristianos. No somos solamente individuos involucrados en una relación de “uno a uno” con Jesús. Somos una *comunidad*. Nos presentamos frente a Dios como un cuerpo unido y comprometido a cuidarnos los unos a los otros y a cuidar de todo el mundo como un “reino de sacerdotes”. “*Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño*”.

Reconciliados para Reconciliar

En **Romanos 5:6-11** San Pablo nos dice que lo que “la prueba de que Dios nos ama” es que Cristo murió por nosotros a pesar de que “todavía éramos pecadores”. El ministerio no es solamente cuestión de afirmar a los que piensan como nosotros; debe alcanzar también a quienes piensan y actúan diferente a nosotros. El ministerio no es para excluir y alejar, sino para incluir y atraer – de manera explícita a aquellos que son “todavía... pecadores”. No importa cuanto nos desviemos del camino por el pecado, o cuanto se desvíen los demás, las palabras que sirven de guía al ministerio son: “*Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño*”. Todos estamos incluidos.

Trabajadores para Su Cosecha

En **San Mateo 9:36** al **10:8** Jesús vio a la multitud y “tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor”. Esto sigue siendo cierto en nuestros días. Nosotros tenemos sacerdotes ordenados y “pastores” de los rebaños de la parroquia. Pero los sacerdotes ordenados trabajan principalmente en las iglesias. Las “ovejas que no tienen pastor” son aquellos que no tienen quien los guíe y los aliente donde están casi todo el día: en la casa, en la escuela, en el trabajo o en las actividades sociales. Es en estos lugares donde se sienten más frecuentemente “fatigados y abatidos”, y donde nosotros, que somos sacerdotes por causa del Bautismo, debemos ser pastores los unos a los otros. Cuando rogamos “al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para su cosecha” debemos pedirle, sobre todo, que los envíe a las casas y los lugares de trabajo, a los negocios y la política.

Para extender el reino de Dios a todas las áreas y actividades de la humanidad, todos los que somos “sacerdotes en el Sacerdote” por medio del Bautismo debemos proclamar la Buena Nueva. Es el papel de los laicos “curar las enfermedades” de la vida familiar, de negocios y de la política; “resucitar a los muertos” que están espiritualmente inertes; “purificar a los leprosos”, acercándose con amor a aquellos que se sienten rechazados y alejados. Es el papel y el ministerio de los laicos “expulsar a los demonios” de la obsesión que tiene la sociedad con el dinero y el poder, y proclamar una alternativa a la falsa seguridad que estos pueden dar.

Domingo XI de Tiempo Ordinario (Continuación)

¿Es esto algo que cualquiera puede hacer? No, los que Jesús envió eran sus “discípulos”; o sea, “estudiantes” comprometidos, personas interesadas en aprender de él. Antes que podamos ejercer el ministerio de Cristo, tenemos que haber vivido la experiencia consciente de que Cristo ha ejercido su *ministerio* en nosotros. No somos simples tuberías, somos fuentes; proveemos su agua dadora de vida, llenando nuestros corazones y compartiendo lo que se derrama con los demás.

Sólo podremos compartir con los demás de modo efectivo las palabras de Dios que han logrado llegar a nuestros corazones (ve 1 San Juan 1:1): no la doctrina abstracta o “apologética”, sino el intercambio personal e íntimo que tiene lugar entre nosotros y Dios cuando reflexionamos y oramos. Sólo podremos “tocar” a los demás con aquello que nos “ha tocado” a nosotros. Si lo único que tocamos es la superficie de la palabra de Dios, lo que comunicaremos será frío y duro. Si penetramos al corazón de Cristo, lo que compartiremos con los demás será la vida cálida que hemos experimentado a través del amor.

Jesús envió “trabajadores para su cosecha” después de que “tuvo compasión”. Tuvo *compasión*, lo que significa “lo sintió”. Para poder ejercer el ministerio con la gente tenemos que tener una “idea” de la “posición en que se hallan”, de las cosas que sienten y temen, que desean y de las que quieren escapar. El ministerio es un puente que se apoya, por un lado en el *conocimiento de Cristo*, y por el otro en el *conocimiento de los demás*.

Para formar una *comunidad*, que es el objetivo de la reconciliación, tenemos que reconocer la *unidad común* que ya tenemos con los demás. Todos nos sentimos por momentos “fatigados y abatidos”. Nosotros no escondemos nuestras necesidades; las compartimos. Somos reconciliadores que necesitamos ser constantemente reconciliados. Ejercemos el ministerio, no desde “afuera”, y nunca desde “arriba”, sino desde “dentro”. Nos ayudamos los unos a los otros basándonos en nuestra experiencia común como “*su pueblo y ovejas de su rebaño*”.

ILUMINACIÓN

¿Qué “unidad común” experimento con los demás, tanto dentro como fuera de la membresía reconocida en la Iglesia? ¿De qué forma actúo basándome en esta experiencia?

INICIATIVA

Toma nota de cuáles son las necesidades. Responde.

Semana XI de Tiempo Ordinario (Año II) Lunes

El Salmo Responsorial proclama confianza en el poder del “ministerio sin poder”: “*Atiende a mis gemidos, Señor*” (Salmos 5).

En la lectura de **1 Reyes 21:2-16** Ajab y Jezabel utilizan su poder de forma injusta y despiadada para matar y robar a un hombre inocente. Y se salen con la suya (¡hasta la lectura de mañana!). Luego, su destino anima a las víctimas de la injusticia, que oran: “*Atiende a mis gemidos, Señor*”, a confiar en que Dios les hará justicia verdadera - pero a través de sus propios medios, no dependiendo de la fuerza ni de la violencia humanas. Sin embargo, aquellos que, como Ajab, confían en la fuerza y la violencia humanas, son destruidos eventualmente por ella, tal como lo fue Ajab.

En **San Mateo 5:38-42** Jesús nos enseña lo que es el verdadero poder. Es el poder del amor incondicional: “no hagan frente al que les hace mal... si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra... déjale también el manto... camina dos con él. Da al que te pide, y no le vuelvas la espalda al que quiere pedirte algo prestado”. Éste es el único poder que logra un bien duradero en la tierra. Es el poder que Jesús usó para redimir al mundo.

Jesús dejó esto en claro tan pronto como sus discípulos lo aceptaron incondicionalmente como el Salvador:

Desde aquel día, Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho... que debía ser condenado a muerte y resucitar al tercer día.

Jesús salvó al mundo “soportando el mal con amor” – aceptando cualquier sufrimiento que los pecados del mundo pusieran sobre sus hombros y “respondiendo con amor”. Nos salvó como *Sacerdote* aceptando ser *Victima* con amor. Y cualquiera que quiera servir el ministerio de Jesús debe hacer lo mismo:

Que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará (San Mateo 16:13-28).

Este amor es más que el amor humano. Causa conmoción y escándalo. Pedro lo rechazó inmediatamente en nombre de todos nosotros: “Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá”. Pero Jesús insistió con vehemencia:

¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.

La salvación del mundo no se da a través de la bondad ordinaria de los seres humanos, sino a través del amor divino e incomprensible de Dios que está activo en la tierra. Éste es el amor que debemos aceptar y al que debemos aspirar para encarnarlo en el ministerio cristiano. Para vivir nuestra consagración bautismal como “*sacerdotes en el Sacerdote*” debemos “morir a nosotros mismos” para poder decir junto con San Pablo: “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”. A todos con quienes tratamos les decimos: “Éste es mi cuerpo que ha sido entregado por ustedes” en el ministerio y en el amor.

Iniciativa: Sé un sacerdote: Deja que Cristo exprese su amor a través de ti en todo encuentro que tengas con toda la gente, todo el día. Da vida a través del amor.

Semana XI de Tiempo Ordinario (Año II) Martes

El Salmo Responsorial nos da el tono de todo perdón cristiano: “*Misericordia, Señor: hemos pecado*” (Salmos 51).

En **1 Reyes 21:17-29** Dios tiene misericordia de Ajab a pesar de que su pecado era abominable: “Te has prestado a hacer lo que es malo a los ojos del Señor”. Sin embargo, Dios mitigó su castigo.

Cuando le pedimos a Dios “Misericordia”, le estamos pidiendo que “venga a nuestra ayuda por un sentimiento de *relación*” (el significado de “misericordia”). No le ofrecemos a Dios – nuestro Padre – un motivo para que tenga misericordia de nosotros, excepto nuestra necesidad y su amor: “*Misericordia, Señor: hemos pecado*”. Dios nos perdona porque así lo ha decidido él. No hay razón para que lo haga excepto nuestra necesidad y su amor. Y por esta razón, su perdón no tiene límite. ¿Cómo podría haber motivos insuficientes para que Dios nos perdone cuando ni siquiera ha habido motivos para que lo haga con excepción de su amor infinito? Nuestra oración es sólo para declarar nuestra necesidad: “*Misericordia, Señor: hemos pecado*”.

En **San Mateo 5:43-48** Jesús manda que nos amemos los unos a los otros como “hijos del Padre que está en el cielo”. No debemos de fijar más límites en nuestro perdón a los demás que los que Dios fija para perdonarnos a nosotros. ¿Por qué? Por que somos hijos de Dios. Por lo tanto, Jesús enseña, “sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo”. Esto es algo más que humano. Nosotros naturalmente “amamos a nuestro prójimo” – amigos, parientes, conciudadanos, aquellos con quienes estamos entrelazados en algún tipo de relación – y “odiamos [o ignoramos] a nuestros enemigos”. Pero ya que somos hijos del Padre, debemos aceptar como hermanos y hermanas a todos aquellos a quienes Dios llama a ser sus hijos. Debemos tener “misericordia” para todos; amar y perdonar incondicionalmente a todos los habitantes de la tierra “por un sentimiento de *relación*” ¿Por qué? Porque Dios lo hace, y nosotros somos los hijos de Dios. Recibimos de Dios, no sólo la vida humana, sino su propia vida divina. Nosotros somos seres divinos. “sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo”.

La enseñanza de la Iglesia en este aspecto no es ambigua:

Todos los fieles, de cualquier condición y estado que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios cada uno por su camino a la perfección de la santidad por la que el mismo Padre es perfecto... (Vaticano II, La Iglesia 11)

Esto, por supuesto, es imposible de lograr basándonos solamente en esfuerzos humanos. Sólo podremos amar como Cristo, el “Hijo único del Padre”, si *somos Cristo*, “hijos e hijas *en el Hijo*”, *fili in Filio*. El misterio del amor cristiano es el misterio de ser partícipes de la vida divina y de la naturaleza de Dios. Éste es también el misterio del ministerio cristiano. Es la base de nuestra confianza.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Ama como Cristo en todo trato con toda persona.

Semana XI de Tiempo Ordinario (Año II) Miércoles

El Salmo Responsorial nos anima diciendo: “*Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor*” (Salmos 31).

Lo que Eliseo pidió a Elías en **2Reyes 2:1-14** es la clave de todo ministerio: “¡Ah, si pudiera recibir las dos terceras partes de tu espíritu!”. La única forma auténtica de ejercer el ministerio es hacerlo *como Cristo*, permitiendo que Jesús actúe con nosotros, en nosotros y a través de nosotros. La única forma de actuar como Cristo es actuar de acuerdo al Espíritu que Cristo nos ha otorgado:

Les recomendó que no se alejaran de Jerusalén y esperaran la promesa del Padre... “ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días... recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos... hasta los confines de la tierra”.

El don del Espíritu Santo es un don puro, un don que ya nos había sido prometido. En la Oración Eucarística IV la Iglesia profesa que Dios “envió al Espíritu Santo como primicia para los creyentes”.

El que cree en mí hará también las obras que yo hago, y aun mayores, porque yo me voy al Padre... Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes:
el Espíritu de la Verdad... Ustedes... lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes... les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho (San Juan 14-16).

Ésta es la base de la confianza para todos los que ejercen el ministerio de Cristo: “*Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor*”.

En **San Mateo 6:1-18** Jesús enseña que para ser un buen cristiano no es suficiente con guardar todas las reglas y practicar todas las observancias que la Iglesia manda. Si nos limitamos a hacer lo que se espera de todo mundo, no sabremos si creemos en Jesús personalmente y por nosotros mismos, o sólo porque crecimos como cristianos y nunca hemos tenido motivos para cambiar. Para conocer a Jesús como *nuestro* Dios, como alguien con quien mantenemos una relación personal, tenemos que orar en privado al “Padre que está en lo secreto”, y expresar nuestra fe por medio de decisiones personales que sean únicas a nosotros. Sólo así puedo saber si mi religión es *mi* religión en lugar de ser solamente “cumplimiento por inercia”.

Jesús dijo: “Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre”. Los servidores hacen lo que se supone que tienen que hacer; los amigos actúan por una unión de mente y corazón con su amigo. Si sólo hacemos lo que se supone que como cristianos “tenemos que hacer”, es porque no conocemos a Cristo. Somos “simples servidores” (San Lucas 17:10). Para ejercer el ministerio *como Cristo* debemos estar en contacto con el Espíritu Santo en nuestros corazones y actuar en unión con él.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Mira a tu interior y expresa lo que hay ahí.

Semana XI de Tiempo Ordinario (Año II) Jueves

El Salmo Responsorial nos invita a mirar las obras de Dios para darnos valor: “*Alegraos, justos, con el Señor*” (Salmos 97).

El pasaje del **Eclesiástico 48:1-15** es una letanía de las manifestaciones del poder de Dios a través de Elías. Él “surgió como un fuego” para “restablecer las tribus de Jacob” a través de “malos presagios” y promesas, apoyándose con actos de poder imponentes.

Los Evangelios identifican a Juan Bautista como el retorno prometido de Elías: “Precederá al Señor con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con sus hijos y atraer a los rebeldes a la sabiduría de los justos”.¹ Pero en este nuevo Elías, Dios mostró su poder de otra manera. Reveló el misterio del poder más grande de Dios: El poder del amor que actúa, no a través de la violencia y la fuerza, sino a través de la entrega y el sacrificio. La muerte de Juan fue un adelanto de la muerte misma de Cristo y es una muestra de que Jesús salvaría al mundo de una forma inesperada: “pero les aseguro que Elías ya ha venido, y no lo han reconocido, sino que hicieron con él lo que quisieron. Y también harán padecer al Hijo del hombre”.² El “nuevo Elías” fue el precursor de un Salvador cuya pauta era nueva e inesperada.³ Es en este nuevo espíritu de mansedumbre y “amor eterno” que los cristinos ejercemos el ministerio de Cristo. En esto nos fijamos cuando decimos: “*Alegraos, justos, con el Señor*”.

San Mateo 6:7-15 nos enseña que el secreto para orar correctamente es hacer que las prioridades de Jesús sean las mismas que las de nuestros corazones. Primero, debemos desear, sobre todas las cosas, que Dios sea adorado y glorificado en toda su majestad trascendente: “¡Santificado sea tu nombre!”. Luego debemos desear que se establezca su reino en la tierra tan perfectamente como en el cielo. Y finalmente que nos reunamos todos en el cielo para el “banquete de bodas del Cordero”, donde Jesús será la delicia, el “pan” del banquete, y todos viviremos la “paz y unidad” de su reino en una reconciliación total con Dios y con los demás. Ahí todos nos perdonaremos mutuamente como Dios nos perdona, con un amor mutuo y sin restricciones.

Jesús no nos dio el *Padre Nuestro* como una fórmula para memorizar,⁴ sino como una postura interior de nuestros corazones que debemos de cultivar. Santa Teresa de Ávila nos dice que las palabras de las oraciones que memorizamos pueden ser una “meditación” si nuestra forma de repetirlas es profunda y reflexiva. Si no, nos dice ella, que ni siquiera estamos orando, “sin importar cuanto se muevan nuestros labios”. Toda oración verdadera es una oración en lo “secreto” del corazón.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Une tu corazón al de Cristo en oración y acción.

¹ San Lucas 1:17

² San Mateo 17:12

³ Ve el lunes pasado, y San Mateo 16:13-28

⁴ Las palabras son diferentes en San Lucas 11:12

Semana XI de Tiempo Ordinario (Año II) Viernes

El Salmo Responsorial nos fortalece cuando las cosas se ven muy mal: “*El Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella*” (Salmos 131). La Iglesia es la nueva Sión.

En **2Reyes 11:1-20** Dios parece mostrar el interés por su pueblo ya través de la violencia y las masacres al por mayor que caracterizaban los cambios políticos del Pueblo Elegido!

En éste aspecto, los judíos no eran diferentes de las demás sociedades primitivas de la época. Y en realidad, no eran tan diferentes de las sociedades modernas. Ciertamente ningún país en la historia ha matado tanta gente, tan rápido y tan indiscriminadamente – hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos – como los Estados Unidos lo hicieron con los bombardeos de saturación y los ataques con bombas atómicas de la Segunda Guerra Mundial. Y en estos días, ningún país industrializado en el mundo nos iguala en el número de ejecuciones patrocinadas por el estado. La mayoría de los países modernos han abolido la pena de muerte en su totalidad. Pero aún ahora, muchos católicos estadounidenses aprueban la muerte jurídica a pesar de que ha sido condenada por el Papa y el episcopado unido de los Estados Unidos.

En los Estados Unidos, la separación pública de la Iglesia y el estado es confundida algunas veces con una separación privada de la religión y la política. La gente vota por sus intereses económicos o por lo que perciben como “seguridad nacional”, sin hacerse preguntas profundas sobre la justicia social, la explotación internacional y el uso injustificado de la fuerza. Sin embargo, para los judíos, que previamente se habían unido a Dios por medio de la alianza, la iglesia y el estado eran uno. En las Escrituras de los judíos, Dios parece tomar parte activa en la política. Tenemos la impresión de que Dios ocasiona la caída de los reyes malos y la institución de otros mejores, algunas veces a través de una brutalidad inconfesable, tal como el la lectura del día de hoy.

Los escolares de las Escrituras nos enseñan que no debemos identificar la manifestación de Dios con nuestras primeras impresiones. Debemos discernir el *contenido* de la palabra inspirada a la luz de la *forma cultural* de su expresión. En lugar de pasarnos el tiempo analizando el presente texto, pasamos a **San Mateo 6:19-23**, en el que Jesús nos enseña su propia manera de guiar a los gobiernos. No es a través de la fuerza, usando los poderes de este mundo, sino solamente a través del poder de la verdad y el amor. El punto de partida para esto es identificar el *enfoque de nuestros deseos*: “Allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón”. El enfoque de tu corazón determinará lo que ves. Lo que ves determinará a dónde vas. “Si el ojo está sano, todo el cuerpo estará iluminado”. Si “la luz que hay en ti se oscurece” te tropezarás y te desviarás a tu propia destrucción en detrimento de todos aquellos con quienes tratas. “*El Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella*”, pero debemos atender a su presencia y su luz que hay en nosotros.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Enfócate en la luz que Jesús trajo al mundo.

Semana XI de Tiempo Ordinario (Año II) Sábado

En el Salmo Responsorial, Dios promete fidelidad a David: “*Le mantendré eternamente mi misericordia*” (Salmos 88).

El patrón que siguen los reyes judíos parece ser: mientras que Dios le es fiel al linaje de David, ellos le son infieles a Dios. Jorám “hizo lo que es malo a los ojos del Señor”. “Pero el Señor no quiso destruir a Judá, a causa de su servidor David, según la promesa que le había hecho”. Ocozías, el sucesor de Jorám, permitió que su madre, Atalía, lo aconsejara para hacer el mal.

En **2 Crónicas 24:17-25** Joás se convirtió en rey y permaneció fiel a Dios mientras recibió el ministerio del profeta Iehoiadá. Hasta restauró el templo que había sido profanado por su predecesor. Pero después de la muerte de Iehoiadá, cuando Joás pasaba de los cuarenta años de edad, abandonó “la Casa del Señor... y rindieron culto a los postes sagrados y a los ídolos”.⁵

Amasías, el hijo de Joás, “hizo lo que es recto a los ojos del Señor, aunque no de todo corazón”. Después de haber seguido inicialmente al profeta que le servía, “introdujo a los dioses de los habitantes de Seír y los tomó como propios, se postró delante de ellos”. Su hijo Ozías, que tenía dieciséis años, tenía como ministro a Zacarías “que lo había instruido en el temor de Dios”. Pero “cuando se hizo fuerte, su corazón se ensoberbeció hasta pervertirse, y se rebeló contra el Señor”. Su hijo, Jotám, “se hizo poderoso, porque procedía rectamente ante el Señor, su Dios”. Pero su hijo, Ajaz, adoró a los Baales.⁶ ¿Cómo explicar este patrón?

En **San Mateo 6:24-34** Jesús dice: “Nadie puede servir a dos señores”. Nos dice que no debemos preocuparnos por la comida, el vestido, o la vida misma. Para tener una seguridad verdadera, “busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura”. Cualquier división en el objetivo hacia el que dirigimos nuestras vidas, es como una grieta en la pared que puede derrumbar todo el edificio. Si permitimos que cualquier deseo que no sea amar y servir a Dios nos atrape, no tendremos seguridad para el futuro. Cualquiera de nosotros puede pasar a formar parte del rango de los que han perdido la fe.

A la ausencia de un profeta personal, tenemos que ser nuestros propios ministros y verificar cuáles son los defectos en “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” de nuestro amor por Dios⁷. Para poder decir, como lo hace Dios: “*Le mantendré eternamente mi misericordia*”, debemos amar sin que nuestros corazones estén divididos.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Abraza el ministerio de la incondicionalidad.

⁵ Para conocer los detalles históricos citados ve 2 Crónicas 21:6-7; 22:3; 24:2,4,18.

⁶ Para conocer estos detalles ve 2 Crónicas 25:2,14; 26:3-5,16; 27:2,6; 28:1-3.

⁷ Efesios 3:18.

Domingo XII de Tiempo Ordinario (Año A)

Los Principios Básicos del Ministerio Cristiano

INVENTARIO

*¿Cuál es la característica más importante que califica a una persona para ejercer el ministerio?
¿Cuáles son los ministerios más efectivos que has conocido? ¿Cuál es el peligro más grande del ministerio? ¿Conoces a alguien que haya sufrido daño espiritual por ejercer el ministerio?
¿Conoces a personas que hayan estado profundamente involucradas en el ministerio y que hayan dejado la Iglesia por lo que sufrieron en ella?*

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada nos invita a confiar en Dios cuando sentimos alguna tentación: *“Firmeza es el Señor para su pueblo, defensa y salvación para sus fieles”*. Al embarcarnos en el ministerio de salvar a otros, lo que tiene sus propias tentaciones especiales, oramos: *“¿Sálvanos, Señor, vela sobre nosotros y guíanos siempre”*. Dios es “el Pastor de los pastores”.

En la Oración Colecta pedimos a Dios: “que nunca dejas de tu mano a quienes has hecho arraigar en tu amistad”, “concédenos vivir siempre movidos por tu amor”. El requisito esencial para el ministerio, sin el cual el ministerio haría jirones al ministro, es ejercerlo con amor. Aquellos que pierden el amor se pierden a sí mismos y pierden a quienes estaban tratando de ayudar.

En esta oración pedimos a Dios que nos siga amando y nos conceda “un filial temor de ofenderte”. Es nuestro conocimiento de Dios, de su ser íntimo y de su “nombre”, lo que nos hace capaces de perseverar en el amor a los demás. La clave para el ministerio es la unión de mente y voluntad y corazón con Dios a través de Jesucristo.

Las lecturas nos previenen sobre las tentaciones que encontraremos en el ministerio. El Salmo Responsorial nos enseña a depender de Dios para protegernos de ellas: *“Que me escuche tu gran bondad, Señor”* (Salmos 69).

Domingo XII de Tiempo Ordinario (Continuación)

Mirar a Dios

Jeremías 20:10-13 describe una experiencia común entre aquellos que ejercen el ministerio: “Oía los rumores de la gente: ‘¡Terror por todas partes! ¡Denúncienlo! ¡Sí, lo denunciaremos!’”. Hasta mis amigos más íntimos acechaban mi caída”.

Entre más profético sea nuestro ministerio – o sea, entre más fiel sea al Evangelio – mayor oposición encontrará entre quienes no quieren cambiar y crecer.

El ministerio que le es fiel al Evangelio tiene su mira en la *conversión*. Los ministros auténticos quieren hacer lo que Cristo vino a hacer: “yo he venido para que las ovejas *tengan Vida*, y la tengan en *abundancia*” (San Juan 10:10). No importa el nivel en que la gente esté, los verdaderos ministros quieren elevarlo. Y en la vida de la gracia sólo podemos llegar más “alto” a través de *respuestas*. Un mayor conocimiento, así sea de las Escrituras o de la teología, no nos hará crecer en la gracia. El conocimiento nos da algo a qué responder. Pero para crecer en la fe, la esperanza y el amor debemos *decidirnos* a expresar estos dones por medio de *acciones*. El principio es: “Crecemos en la gracia al permitir que la gracia (Dios en nosotros) *se exprese por sí misma* en nuestras acciones humanas y a través de ellas”.

Hay una necesidad obvia de ministros dedicados a consolar, instruir y responder a las necesidades de la gente. Éste es el ministerio cristiano. Pero este ministerio no causa mucha oposición. Sin embargo, si el ministro continúa con rumbo al verdadero objetivo, y *desafía* a la gente a que *cambie*, entonces se encenderá la hostilidad.

Cuando esto pasa, el ministro no debe enfocarse en la hostilidad, ni en las murmuraciones, ni en los reportes falsos, ni en los intentos de socavar el ministerio. Cuando esto sucede, debemos mirar a Dios y recordar: “el Señor está conmigo como un guerrero temible”. No tengo que luchar y vencer a mis perseguidores; ellos “tropezarán y no podrán prevalecer”. Nosotros no buscamos la venganza: “*Que me escuche tu gran bondad, Señor. A ti he encomendado mi causa*”.

Doble Victoria

Romanos 5:12-15 identifica las dos amenazas más grandes a nuestra existencia en este mundo: *la muerte*, que amenaza nuestra vida física; y *el pecado*, que amenaza la vida misma. Los que no están iluminados tienden a sentir más temor por la muerte que por el pecado, lo cual es un gran error, pero San Pablo dice que no debemos de temer a ninguna de ellas porque Jesús ya ha vencido a ambas.

“Por un solo hombre [Adán] entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron”. Pero Jesús, al morir en la cruz y resucitar de entre los muertos, venció tanto al pecado como a la muerte en un solo acto: “Porque si la falta de uno solo [Adán] provocó la muerte de todos, la gracia de Dios y el don conferido por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, fueron derramados mucho más abundantemente sobre todos”.

El resultado final es que no tenemos que temerle a nada ni a nadie. Y ya que el miedo es lo que nos motiva a devolver los golpes del que nos ataca – verbalmente, físicamente o por tramas o manipulaciones – nosotros, como cristianos no tenemos razón para defendernos usando violencia de cualquier tipo.

Aquellos que, a causa del ministerio se ponen en peligro de sufrir ataques, deben estar en guardia del peligro, aún mayor, de devolver esos ataques. La condiciones necesarias para involucrarse en el ministerio son un deseo real y una determinación firme (¡lo que no excluye las fallas ocasionales!) de *devolver amor*, sin importar lo que hayan dicho de nosotros o lo que nos hayan hecho. Para ejercer el ministerio a nombre de Jesús necesitamos “morir a nosotros mismos” y dejar que Cristo viva en nosotros. Esto incluye aceptar cualquier mal que caiga sobre nuestros hombros a causa del pecado del mundo y “soportar el mal con amor”. Si no podemos hacerlo, el ministerio será un peligro para nosotros. Nuestros esfuerzos por amar pueden excitar una oposición tan fuerte que nos puede llevar al odio.

La realidad es que si no podemos cargar la cruz con amor, no podremos extender a los demás la vida que Jesús ganó para ellos al morir en la cruz con amor.

No Les Teman

En **San Mateo 10:26-33** Jesús nos dice simplemente que no debemos temer. Si la gente nos odia, nos acusa, nos traiciona, nos persigue, o aún nos mata, Jesús dice: “no les teman”.

Si la gente miente sobre nosotros o tergiversa lo que decimos, la verdad saldrá a flote: “No hay nada oculto que no deba ser revelado, ni nada secreto que no deba ser conocido”. No tenemos que preocuparnos de justificarnos o de limpiar nuestros nombres. Simplemente tenemos que hablar “en pleno día” y proclamar “desde lo alto de las casas” lo que Jesús nos ha dicho en la “obscuridad” de lo más profundo de nuestros corazones.

Lo peor que alguien puede hacer es matarnos, y en realidad ¡nos estaría haciendo un favor! Si nos matan, nos darán admisión adelantada al “banquete de bodas del Cordero”. En cada Misa, durante el Rito de la Comunión, recordamos las palabras del triunfo de Jesús:

¡Aleluya!
Porque el Señor, nuestro Dios,
el Todopoderoso, ha establecido su Reino.
Alegrémonos,
regocijémonos y demos gloria a Dios,
porque han llegado las bodas del Cordero:
su esposa ya se ha preparado...
Después el Ángel me dijo:
“Escribe esto: Felices los que
han sido invitados
al banquete de bodas del Cordero”
(Apocalipsis 19:6-9).

Por medio de estas palabras la Iglesia proclama en cada Misa: “¡Bienaventurados aquellos que van a morir!” Jesús ha vencido tanto al pecado como a la muerte. “La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?... ¡Demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:54-57).

Domingo XII de Tiempo Ordinario (Continuación)

Si Jesús nos dice: “No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma”, es lógico concluir que no debemos temer a quienes pueden hacernos otras cosas. Y si no tenemos razón para temer, tampoco la tenemos para pelear. Jesús dice: “Sin embargo, ni uno solo [pájaro]... cae en tierra, sin el consentimiento del Padre que está en el cielo... No teman entonces, porque valen más que muchos pájaros”. Si vemos a Dios, que nos ama y nos protege, en lugar de ver a quienes nos odian y nos dañan, nuestros corazones se llenarán con amor y paz en lugar de llenarse de cólera y temor. Ésta es la actitud que debemos de mantener en el ministerio.

Ejercer el ministerio es dar *expresión* a nuestra fe religiosa, a nuestras esperanzas y nuestros deseos cristianos y a nuestro amor por los amigos y los desconocidos. Esto es algo que nos sentimos renuentes a hacer. No nos gusta “hablar de religión”. Tenemos miedo de mostrar entusiasmo por Dios, aún en la iglesia. Nos expone, nos hace vulnerables. Pero Jesús hace de esto un asunto muy personal: “Al que *me reconozca* abiertamente ante los hombres, yo lo reconoceré ante mi Padre que está en el cielo”. ¿Tenemos miedo de reconocer a Jesucristo? ¿Tenemos tanto miedo que arriesgaremos a que él no nos reconozca ante el Padre? Si ejercer el ministerio tiene su precio, ¿cuál es el precio de no hacerlo?

INCIATIVA

¿Cómo me siento ahora sobre ejercer el ministerio? ¿Qué temo al hacerlo? ¿Qué espero de él?
¿Cómo expreso ahora mi fe, mi esperanza y mi amor? ¿Cómo puedo reconocer más a Cristo?
¿Necesito usar palabras?

INCIATIVA

Decídate a dar la vida a los demás expresando lo que está en tu corazón a causa de la gracia.

El Salmo Responsorial nos encausa a orar con esperanza a pesar de que la causa de nuestros problemas sea nuestros propios pecados: “*Que tu mano salvadora, Señor, nos responda*” (Salmos 60).

2 Reyes 17:5-18 nos muestra lo que pasa cuando no seguimos “las instrucciones del fabricante”. El Pueblo de Dios ha sido invadido, vencido y reducido a la esclavitud. “Esto sucedió porque los israelitas pecaron contra el Señor”. Las leyes de Dios son el “manual del operador” para compartir la vida humana en este planeta. Ignorarlas es invitar al desastre.

Las guerras, el terrorismo y la violencia que hay en nuestras calles no son un *castigo* de Dios. Pero la palabra de Dios nos asegura, una y otra vez, que son las consecuencias naturales de nuestra renuencia a vivir como él nos enseñó – tanto como individuos como nación. Y sufrimos las consecuencias de nuestra falla, tanto ahora como en el pasado, por no haber vivido auténticamente como cristianos. Pero aún así, Dios nos ayudará si nos volvemos a él: “*Que tu mano salvadora, Señor, nos responda*”.

En **San Mateo 7:1-5** Jesús nos alerta que podríamos estarnos fijando en los pecados equivocados. “¿Por qué te fijas en la paja que está en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que está en el tuyo?”. Todos los pecados son dañinos, pero algunos pecados devastan a la sociedad – y son éstos los que parecen preocuparnos menos. Al menos, nunca aparecen cuando nos confesamos; ¡ciertamente no aparecen en el Sacramento de la Reconciliación! ¿Llevamos *el ministerio* cristiano a los pobres y a los presos? ¿Nos enfocamos en las causas de la pobreza? ¿de la guerra? ¿Nos sentimos satisfechos con simplemente encerrar a la gente en jaulas en lugar de convertir todo el sistema de prisiones en un sistema de rehabilitación serio? ¿Somos cómplices voluntarios de la venganza oficial de nuestro estado contra aquellos hijos de Dios que jurados falibles declaran culpables de matar a otros hijos de Dios? ¿Aplaudimos sus ejecuciones? ¿Crees que Dios Padre las aplauda?

Dios no nos promete que la moral ordinaria pueda salvar al mundo. Pero la moral cristiana sí lo puede hacer – si como Jesús, nos dedicamos a ejercer, con el amor de Dios mismo, el *ministerio* para toda la gente. La verdad es que sólo el amor funciona. Jesús murió para convencernos de esto. Cuando “muramos a nosotros mismos” para vivir como lo hizo Cristo y dejemos que Cristo viva en nosotros, el mundo será transformado. ¿Creemos en la oración que nos enseñaron a rezar; “Señor, envía tu Espíritu, y nuestros *corazones* serán regenerados. Y ¡*renovarás la faz de la tierra!*” Si nos quitamos “la viga” que tenemos en el ojo y *vivimos nuestro Bautismo*, “veremos claramente” que más hay que hacer.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Lleva el ministerio con amor a toda la gente y encausa esta acción.

El Salmo Responsorial nos invita a mirar con temor y admiración lo que Dios ha hecho y lo que continúa haciendo por nosotros, y a alabarlo por su amor: “*Dios ha fundado su ciudad para siempre*” (Salmos 48).

Los israelitas de Samaria fueron vencidos y esclavizados por los asirios. **2Reyes 19:9-36** nos dice que el rey Senaquerib invadió Judea y “subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y se apoderó de ellas” hasta Jerusalén. Luego el Señor prometió al rey Ezequías de Judea por medio del profeta Isaías: “Él no entrará en esta ciudad... Aquella misma noche, el Ángel del Señor salió e hirió en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres... Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento, emprendió el regreso”, confirmando la fe de la gente: “*Dios ha fundado su ciudad para siempre*”

La fe se puede reconocer más como tal cuando hay poca evidencia para apoyarla. Para saber que creemos en Dios como el Dios que realmente es, tenemos que ir más allá de lo que nos parece o nos gusta naturalmente como seres humanos que somos. Tenemos que creer y confiar en el poder de Dios y el camino que Dios ha escogido para usarlo:

Porque los pensamientos de ustedes no son los míos,
ni los caminos de ustedes son mis caminos
Como el cielo se alza por encima de la tierra,
así sobrepasan mis caminos y mis pensamientos
a los caminos y a los pensamientos de ustedes (Isaías 55:8-9).

En **San Mateo 7:6-14** Jesús nos llama a que abandonemos el “camino trillado” de nuestros postulados culturales acerca de lo que es una manera de pensar y actuar buena y aceptable. Nos llama a dejar el camino principal para subir a la montaña y tomar la vereda escarpada y estrecha: “Pero es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran”.

Hay muchos “cristianos culturales” que diluyen el Evangelio para hacer que el Cristianismo sea compatible con el “estilo de vida americano” (o hispano, vietnamita, o cualquier otro) porque quieren “encajar”. Saben que vivir o afirmar los valores de Cristo a la gente que está atrapada en la cultura es invitar a la burla y la hostilidad. Jesús nos previene que al ejercer el ministerio a los demás tenemos que tener cuidado donde arrojamos nuestras “perlas”. ¡Pero tenemos que ser igualmente cuidadosos de no perderlas! La discreción puede convertirse en decepción: lo que no revelamos a los demás puede volverse invisible para nosotros mismos.

La esencia del ministerio es la *autoexpresión*. Debemos dar expresión física y humana a la fe invisible y divina, a la esperanza y al amor en nuestros corazones – no con inocencia, sino con valor, confiando en el apoyo de Dios: “*Dios ha fundado su ciudad para siempre*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Expresa tu fe a todos a los que no dañará.

El Salmo Responsorial nos indica el camino a la felicidad tanto en la tierra como en el cielo: *“Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes”* (Salmos 119).

Los dos reyes posteriores a Ezequías no siguieron “el camino del Señor”. Después siguió el rey Josías, quien “hizo lo que recto a los ojos del Señor”. **2Reyes 22:8 al 23:3** nos dice que a su tiempo, el sumo sacerdote Jilquías encontró “el libro de la Ley en la Casa del Señor”. Cuando se lo leyeron a Josías, se conmovió al darse cuenta de la infidelidad del pueblo a la alianza con Dios. Así que reunió a “todos los habitantes de Jerusalén –los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo... – y les leyó todas las palabras del libro... que había sido hallado en la Casa del Señor”. Renovó la alianza, prometió observar los mandamientos de Dios “de todo corazón y con toda el alma... Y todo el pueblo se comprometió en la alianza”. A cambio, Dios prometió a Josías: “Tus ojos no verán nada de la desgracia que atraeré sobre este lugar” como resultado de la infidelidad de los dos reyes que le precedieron y de los cuatro reyes que le siguieron, quienes causaron la cautividad babilónica anunciada por Isaías:

Llegarán los días en que todo lo que hay en tu casa, todo lo que han atesorado tus padres hasta el día de hoy, será llevado a Babilonia. No quedará nada, dice el Señor (2Reyes 20:17).

Los dos libros de los Reyes son una historia de cómo la fidelidad a Dios trae la felicidad, y la infidelidad trae desastres. Advierten a todos aquellos con sentido común que deben orar diciendo: *“Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes”*.

En **San Mateo 7:15-20** Jesús nos muestra cómo distinguir a los buenos maestros de los malos, a los falsos profetas de los verdaderos: “Por sus frutos los reconocerán”. Ésta es la clave de todos los ministerios: Si la gente acepta nuestro ministerio, será porque ve en nuestras vidas la evidencia de que estamos unidos a Jesucristo, y de que es él quien ejerce el ministerio a través de nosotros. El sacramento ministerial es una excepción; los católicos creemos que Jesús prometió actuar a través de estos siete actos particulares, sin importar la santidad o los pecados del ministro. (La palabra “sacramento” significa tanto “misterio” como “juramento de compromiso”. Jesús se “comprometió” a hacer lo que los sacramentos expresan). Pero cuánto beneficio recibirá la gente de los sacramentos, y qué tan seguido querrán recibirlos, dependerá, en gran parte, de que el ministro parezca tener el corazón y la mente de Jesús.

Por lo tanto, la prioridad más importante en la formación de los ministros es una interacción viva, personal y continua con Jesucristo. La unión de mente y de corazón con él es el alma del ministerio cristiano. *“Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes”*.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Busca la unión de corazón con Jesucristo.

El Salmo Responsorial describe vívidamente la invasión y la destrucción de la ciudad santa de Dios. Aún así, nos encausa a seguir orando: “*Libranos, Señor, por el honor de tu nombre*” (Salmos 79).

2 Reyes 24:8-17 registra el inicio del fin de Jerusalén y Judá – al menos hasta el fin del exilio en Babilonia.

Joaquín se convirtió en rey de Judá, pero “hizo lo que es malo a los ojos del Señor, tal como lo había hecho su padre”. Y pasó lo que tenía que pasar: El rey Nabucodonosor de Babilonia sitió a Jerusalén, tomó a Joaquín prisionero, y

retiró de allí todos los tesoros de la Casa del Señor y... Deportó a todo Jerusalén, a todos los jefes y a toda la gente rica – diez mil deportados – además de todos los herreros y cerrajeros: sólo quedó la gente más pobre del país.

Cuando vemos la historia del Pueblo de Dios en “forma acelerada”, ¿nos sorprende que pudieran ser tan tontos! Cada vez que abandonan el camino que Dios les enseñó, ocasionan que los desastres caigan sobre ellos. Pero parecen nunca aprender.

Antes de que nos pongamos a juzgar, debemos preguntarnos qué es lo que nosotros hemos aprendido – como individuos y como nación. ¿Vemos claramente que al perseguir los falsos valores y objetivos a corto plazo de nuestra cultura, estamos destruyéndonos nosotros mismos y el estilo de vida que apreciamos? ¿Vemos a la codicia y a la indulgencia sexual irrestricta como algo no patriótico? ¿Denunciamos los encubrimientos del gobierno, la política exterior de explotación y los actos de violencia que traicionan el bien común de la nación? ¿Sabemos que la prosperidad y la paz no se pueden lograr a largo plazo sin guardar la ley de Dios? Si no, estamos tan ciegos a las lecciones de la historia como lo estaban los judíos.

En **San Mateo 7:21-29** Jesús nos previene:

el que escucha mis palabras y no las practica, puede compararse a un hombre insensato, que edificó su casa sobre arena... se derrumbó, y su ruina fue grande.

¿Nos hace esto leer y reflexionar en la palabra de Dios como si la calidad de nuestras vidas dependiera de ello? ¿Nos hace querer ejercer el ministerio a los demás como lo hacen los rescatistas después de un huracán o durante una inundación? ¿Creemos realmente que si amamos a los demás y queremos que sean felices, lo mejor que podemos hacer por ellos es enseñarles a conocer y amar a Dios? ¿Llevamos el ministerio de esta manera aún a nuestros propios hijos, convencidos de que esto es más importante que proveerlos con una educación que les permita ganar dinero?

Y si estamos fallando, a pesar de ello, las Escrituras nos encauzan a que oremos: “*Libranos, Señor, por el honor de tu nombre*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Ofrece a la gente lo que realmente necesitan para su felicidad.

El Salmo Responsorial lamenta la pérdida de Jerusalén: “*Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti*” (Salmos 137).

Esta vez, cuando el rey Nabucodonosor deportó a los ciudadanos de Jerusalén a Babilonia “sólo quedó la gente más pobre del país”. A pesar de esto dejó un rey en Judea, al tío de Joaquín, cuyo nombre cambió a Sedecías. Pero en **2Reyes 25:1-12** Sedecías continua con el mismo patrón: “Él hizo lo que es malo a los ojos del Señor, tal como lo había hecho Joaquín”. Y esto fue el colmo. “Esto sucedió en Jerusalén y en Judá a causa de la ira del Señor, hasta que al fin él los arrojó lejos de su presencia” (2 Reyes 24:17-20).

Sedecías se rebeló. Los babilonios (caldeos) regresaron. Capturaron a Sedecías, degollaron a sus hijos antes sus propios ojos, le sacaron los ojos y lo llevaron a Babilonia. Luego “Incendió la Casa del Señor... y todas las casas de Jerusalén... derribó las murallas que rodeaban a Jerusalén... [y] deportó a toda la población que había quedado en la ciudad”. Era el fin de Jerusalén. La historia del Pueblo de Dios había alcanzado su punto más bajo; el exilio a Babilonia (Salmos 137; y ve San Mateo 1:17).

Junto a los ríos de Babilonia,
nos sentábamos a llorar,
acordándonos de Sión...
Si me olvidara de ti, Jerusalén,
que se paralice mi mano derecha.

¿Por qué pasó esto? Porque sus reyes, uno tras otro, ejercieron el ministerio guiando a su gente lejos de Dios, y porque la gente descuidó el ministerio de mantenerse fieles a la ley de Dios entre ellos mismos. Ignoraron las “instrucciones del fabricante” en la forma en que usaron la vida que Dios les dio.

¿Estamos haciendo lo mismo nosotros? ¿como individuos? ¿como familia? ¿como nación? Si es así, podemos esperar los mismos resultados predecibles e inevitables: La ruina de nuestra vida personal, familiar, cívica y de nuestra libertad. Nosotros mismos la estamos causando a través del “ministerio de la muerte” – para el que sólo hace falta que descuidemos el ministerio de la vida.

En **San Mateo 8:1-4** un hombre con lepra incurable le dijo a Jesús: “Señor, si quieres, puedes purificarme”. Jesús le contestó: “Lo quiero, queda purificado”. Para Jesús ningún mal es incurable. Él elegirá salvarnos – si nosotros elegimos acercarnos a él como Maestro y Señor.

No podemos pedirle a Dios que nos mantenga vivos mientras nos pegamos un tiro en la cabeza, y esto es lo que hacemos cuando nos acercamos a él para que nos sane y lo abandonamos como Maestro. Para hablar a Dios como Dios tenemos que escuchar a Dios como Dios. Escuchar, aprender y obedecer. No es suficiente con pedirle a Jesús que él escoja. Nosotros tenemos que escoger. Esto significa escoger su forma de vida.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Toma responsabilidad por el ministerio para dar la vida.

El Salmo Responsorial pide a Dios con confianza que vuelva sus “pasos hacia esta ruina completa”. Nunca podremos ser tan malos que Dios no pueda o no quiera ayudarnos. “*No olvides sin remedio la vida de tus pobres*” (Salmos 74).

Si alguna vez pensamos que la Iglesia – o nuestra sociedad – está en malas condiciones, **Lamentaciones 2:2-19** nos dice cómo describirla en términos peores de los que nos pudiéramos imaginar. Todo este libro es una descripción vívida en imágenes gráficas de “¡cómo cubrió de nubes el Señor, en su enojo, a la hija de Sión!”.

El Señor la ha llenado de aflicción por sus muchas rebeldías. Sus niños han partido al cautiverio delante del adversario... Precipitó del cielo a la tierra la gloria de Israel”⁸

Dios no era la causa del sufrimiento de Israel. El Pueblo de Dios decidió liberarse de su reino y de sus leyes. Esto los esclavizó inmediatamente al pecado, y sus pecados dieron los frutos naturales de la conducta contraria a la razón, el orden y el amor. El Libro de las Lamentaciones describe este fruto en imágenes físicas aterradoras que sólo nos dan una idea de la aún más aterradora devastación espiritual que las produjo. Y al centro de todo esto se encuentra la falla de aquellos que habían sido llamados al ministerio:

“Tus profetas te transmitieron visiones falsas e ilusorias. No revelaron tu culpa a fin de cambiar tu suerte, sino que te hicieron vaticinios falsos y engañosos”

Jesús vino a traer la restauración final. Él es la verdadera Luz por la que hemos de caminar. Él es el Camino, la Verdad y la Vida⁹. Pero **San Mateo 8:5-17** nos muestra que Jesús cuenta con nosotros para continuar su ministerio en la tierra. Es en nosotros y por nosotros que la gente contactará a Jesús y que él les llevará su ministerio.

Un centurión fue a Jesús, rogándole que sanara a su sirviente que estaba “en casa enfermo de parálisis”. Cuando Jesús ofreció ir a la casa, el centurión dijo que Jesús no necesitaba estar físicamente presente para sanar: “Porque cuando yo, que no soy más que un oficial subalterno, digo a uno de los soldados que están a mis órdenes: “Ve”, él va, y a otro: “Ven”, él viene”. Jesús entonces sanó al sirviente “a larga distancia” por medio de una orden.

Hoy Jesús nos envía como sus ministros a todos aquellos con necesidades, pero no para que lo hagamos a larga distancia. En nosotros, Jesús está físicamente presente, ejerciendo el ministerio en nosotros y a través de nosotros que somos su cuerpo verdadero en la tierra. Al enviarnos, Jesús puede estar presente a través de todo el espacio y el tiempo, proporcionando más que curas físicas. Él sana el espíritu, salva, guía, fortalece y consuela por medio del ministerio. Ésta es su respuesta a la oración: “*No olvides sin remedio la vida de tus pobres*”. Responde por medio de nosotros.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Deja que Jesús actúe en ti a través de ti en donde estés.

⁸ Lamentaciones 1:5

⁹ San Juan 14:6

Domingo XIII de Tiempo Ordinario (Año A)

Guías Prácticas para el Ministerio

INVENTARIO

¿Qué siento por los ministros de la Iglesia (tanto por el clero como por los laicos)? ¿Cómo percibo a los que ejercen el ministerio? ¿Les doy respuesta? ¿Reconozco el ministerio de Cristo en ellos? Prueba de actitud y suposición: Cuando leíste “los ministros de la Iglesia”, ¿pensaste solamente en aquellos que son ministros en la iglesia? ¿o pensaste en todos los miembros de la Iglesia que ejercen el ministerio, ya sea a través de los ministerios de la parroquia o fuera de ellos?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada no sólo nos invita a alegrarnos, sino también a que expresemos nuestra alegría: “*Pueblos todos, aplaudan; aclamen al Señor con gritos de júbilo*”. Lo mismo hace el Salmo Responsorial: “*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*” (Salmos 89); y también la Antífona de la Comunión: “*Bendice, alma mía, al Señor y todo mi ser a su santo nombre*”. Claramente, esta Misa nos invita a ver y a celebrar la misericordia de Dios a nosotros.

¿A qué misericordia nos referimos? En la Oración Colecta pedimos a Dios: “*concédenos vivir fuera de las tinieblas del error y permanecer siempre en el esplendor de la verdad*”. Y en la Oración Colecta alternativa le pedimos: “*forma nuestras vidas de acuerdo a tu verdad y nuestros corazones de acuerdo a tu amor*”. Así, vemos que nuestra alegría se fundamenta en la *verdad* y el *amor*, que son dones que Dios nos ha otorgado al hacernos partícipes de la misericordia que nos ha comunicado.

¿Cómo comparte Dios su verdad y su amor a la humanidad? La Oración Sobre las Ofrendas enfoca la respuesta en los *sacramentos* y en el *servicio*. Los sacramentos son señales físicas que nos dan la vida de Dios, y la vida que recibimos la comunicamos a los demás por medio del servicio: “*Oh Dios, que obras con poder en tus sacramentos; concédenos que nuestro servicio sea digno de estos dones sagrados*”. La Oración Después de la Comunión tiene el mismo enfoque: “*Señor, que este sacrificio y comunión nos haga partícipes de tu vida y nos ayude a llevar tu amor al mundo*”.

Como esto nos hace suponer, las Lecturas nos alertarán a reconocer la verdad y el amor que Dios ha compartido con nosotros por medio del servicio, del ministerio y de la gente que él ha unido a sí mismo. Y nos invitan a unirnos con Cristo para que, al expresar físicamente por medio de palabras y acciones su vida invisible en nosotros, hagamos de nuestro cuerpo el medio por el cual comunicamos su vida divina a los demás.

Domingo XIII de Tiempo Ordinario (Continuación)

Servir a los Servidores

2Reyes 4:8-16 es un anticipo de lo que Jesús dirá en el Evangelio: “el que recibe a un justo por ser justo, tendrá la recompensa de un justo”. La mujer que brindó su hospitalidad a Eliseo fue recompensada con el don de un hijo. Después el hijo murió, y entonces Eliseo regresó e hizo algo que vemos hoy como una imagen de Jesús uniéndonos a sí mismo en la cruz para restaurar nuestra vida (compara esto con la segunda lectura):

Cuando Eliseo llegó a la casa, vio que el muchacho estaba muerto, tendido sobre su lecho... subió a la cama, se acostó sobre el niño y puso su boca, sus ojos y sus manos sobre la boca, los ojos y las manos del niño; permaneció recostado sobre él y la carne del niño entró en calor.

Cuando alguien ejerce el ministerio para nosotros, debemos reconocer que no sólo es un profeta, sino Jesús crucificado y resucitado, quien ejerce el ministerio. Y debemos responder con la gratitud apropiada a ese misterio. En cada bondad que nos muestre reconocemos la bondad de Dios: “*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*” .

La Vida a través de la Muerte

Romanos 6:3-11 nos enseña el misterio central de nuestra redención. Vivimos en Cristo porque, por medio del Bautismo morimos en Cristo crucificado. Somos partícipes de la divinidad de Cristo porque él unió nuestra humanidad a la suya en la cruz, y nos hizo descender con él a la tumba por medio de la muerte, para que pudiera resucitarnos con él en su resurrección.

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva.

Ésta es la causa de nuestra redención. Por esto, en lugar de que nuestros pecados sean *perdonados* nos son *quitados*. Un simple perdón no cambia lo que somos. Perdonado o no, soy aún la persona que hizo lo que hizo. Pero el misterio de nuestra redención es que como el “Cordero de Dios” – sacrificado por nosotros y que nos une a él en el sacrificio – Jesús *quita* el pecado del mundo. Todos los que han sido incorporados en su cuerpo por medio del Bautismo estaban “en él” cuando murió en la cruz; murieron en él y luego resucitaron purificados en él *sin rastro de sus pecados*. San Pablo dice: “Porque el que está muerto, no debe nada al pecado” [también traducido como ‘ha sido absuelto’] (TM Σ TM [| < [] | < [: ser liberado, purificado) (Romanos 6:7). El que pecó ha muerto. El que vive ahora en Cristo es una “nueva creación” viviendo una vida nueva, sin rastro o historia de pecado (2Corintios 5:7; Gálatas 6:15). Esto nos da una nueva imagen de nosotros mismos:

Al morir, él murió al pecado, una vez por todas; y ahora que vive, vive para Dios. Así también ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Cargar con el peso de los pecados del pasado es algo que va en contra de nuestra fe. Esos pecados fueron aniquilados por la muerte de Cristo. Ya no existen. Eso hace que la *alegría* sea para nosotros una profesión de fe: “*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*”.

Un Misterio de Identidad

San Mateo 10:37-42 proclama nuestra identificación con Jesús resucitado. Como San Agustín enseñó, al decir de los bautizados: “*hemos llegado a ser no solamente cristianos, sino el propio Cristo (...)*. Admiraos y regocijaos: *¡hemos sido hechos Cristo!*” (citado por Juan Pablo II en El Esplendor de la Verdad, no. 21). Estas son palabras de Jesús: “El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a aquel que me ha enviado”. Ya sea que nosotros ejerzamos el ministerio o que alguien lo ejerza para nosotros, es el mismo misterio: Jesús que da y recibe en los miembros de su cuerpo resucitado en la tierra. Trasladando este ministerio hasta “el fin de los tiempos”, San Agustín enseña que en el cielo habrá “un único Cristo amándose a sí mismo”. Esto da principio en la tierra.

Luego Jesús entra en lo específico y dice que si reconocemos y servimos a los profetas porque son profetas, recibiremos “la recompensa de un profeta”. Si damos la bienvenida y servimos a los justos por que son justos recibiremos “la recompensa de un justo”. Puede ser que sólo nos esté dando ejemplos para poner más énfasis en lo que dice, pero también puede ser que esté estableciendo un *principio*, el principio de que el beneficio que recibimos al interactuar con una persona dependerá de cuánto reconozcamos su verdadera *identidad*. Si servimos a nuestros semejantes como seres humanos, entraremos más profundamente a nuestra propia humanidad. Pero si los reconocemos y los servimos como *Cristo* entraremos más profundamente en la vida de la gracia que tenemos como *cristianos*.

El ministerio cristino es humanitario, pero no únicamente humanitario. Es la experiencia viva de ser Cristo para los demás, de reconocer a Cristo en los demás, de servir a Cristo y de recibir el servicio de Cristo a través de los demás.

Cuando pedimos a Dios en la Oración Colecta: “*concédenos vivir fuera de las tinieblas del error y permanecer siempre en el esplendor de la verdad... forma nuestras vidas de acuerdo a tu verdad y nuestros corazones de acuerdo a tu amor*”, estamos reconociendo que *el ministerio es un misterio*. Para ser un cristiano completo en nuestro ministerio, debemos amar la luz de la verdad que ha sido revelada. Nuestro amor debe venir de nuestra percepción de la verdad iluminada por nuestra fe y debe expresar la verdad divina de lo que somos y de lo que son los demás, y guiar a los otros a la verdad y al amor inspirados por la fe.

Por esta razón el ministerio tiene que alimentarse de “palabra y sacramento”. Los ministros, para ser auténticos, deben buscar constantemente la unión de mente y voluntad y corazón con Jesucristo haciendo las cosas que hacen crecer la vida de la gracia en nosotros. Los ministros no son tuberías sino fuentes: para llevar la luz y el amor a los demás debemos de estar llenos nosotros de luz y amor. En el ministerio no sólo transmitimos; compartimos. Así que primero pedimos a Cristo que comparta con nosotros. En la Oración Después de la Comunión pedimos: “Señor, que este sacrificio y comunión nos haga *partícipes de tu vida* y nos *ayude a llevar* tu amor al mundo”.

Jesús no escogió a gente que fuera particularmente brillante, educada o virtuosa para que compartieran en su trabajo. Pero antes de enviarlos como ministros, tuvieron que volverse sus *discípulos*; esto es: sus *estudiantes*. Jesús puede usar y usará a cualquier persona para dar vida al mundo; pero esa persona tiene primero que aceptar la vida de Jesús. “No podemos dar lo que no tenemos”.

Por esta razón, la muerte de Cristo, en la que hemos sido bautizados para vivir en Cristo, debe continuar en nosotros como una “muerte a uno mismo” permanente para vivir por Dios y por los demás en el amor. “Y así aunque vivimos, estamos siempre *enfrentando a la muerte* por causa de Jesús, para que también *la vida de Jesús se manifieste* en nuestra carne mortal” (2Corintios 4:11). Un compromiso al ministerio nos compromete a acrecentar la alegría que experimentamos en la santidad: “Cantaré eternamente las misericordias del Señor”.

ILUMINACIÓN

¿Qué puedo hacer que me hará más capaz de ser ministro como Cristo?

INICIATIVA

Ora constantemente diciendo: “Señor, has esto conmigo, has esto en mí, has esto a través de mí”.

El Salmo Responsorial nos dice que *recordar* es algo fundamental para la vida cristiana y para el “ministerio de la luz”: “*Presten atención, los que olvidan a Dios*” (Salmos 50).

En **Amós 2:6-16** (el libro del que leemos esta semana) el profeta pide a la gente que vea su situación presente a la luz del pasado y del futuro. Los llama a que confronten lo que están haciendo, a que vean honestamente la realidad de sus vidas.

Ya que están enfocados en ganar dinero, no ponen atención a la cantidad de gente que lastiman. Como nosotros, ellos reafirman los principios de justicia y compasión, pero su prioridad número uno son las ganancias. Si hay que decidir entre el bien económico de la compañía – o de la institución para la que trabajan (incluyendo a las iglesias) o del país como un todo – ponen a la ganancias por encima de la gente. Son leales, primordialmente, a las finanzas de la compañía, no a los empleados que les han servido escrupulosamente y bien: “venden al justo por dinero”. Para poner a la institución en una situación financiera un poco mejor (no necesariamente para sobrevivir) toman decisiones que eliminan empleos y requieren que los pobres dejen sus casas y conexiones familiares para reubicarse a otra ciudad: “venden al... al pobre por un par de sandalias”, e imponen dificultades mayores a otros para obtener beneficios menores. Usan su influencia (en nuestra sociedad su voto) para favorecer los intereses de los ricos y poderosos por encima del bien de la comunidad en general: “pisotean sobre el polvo de la tierra la cabeza de los débiles y desvían el camino de los humildes”.

Esto lo justifican alegando que hacer que el rico sea más rico no hace que el pobre sea más pobre. Amós dice: “Miren al pasado, vean lo que esta forma de pensar ha traído en el pasado”. Y menciona a los amoritas. Nosotros reflexionamos en las causas de la revolución francesa, del comunismo y del terrorismo. Ignorar el amor universal que Dios nos enseña, un amor que todo lo alcanza, es invitar un desastre universal que todo lo alcanza. “*Presten atención, los que olvidan a Dios*”.

Jesús vino a salvar nuestras vidas de todo lo que las disminuye en este mundo y en el siguiente. Pero nosotros debemos cooperar, ejercer el ministerio junto con él. ¿Por qué hay tan pocos que se dedican a esto?

En **San Mateo 8:18-22** Jesús describe claramente el costo potencial del ministerio. Debemos estar preparados para sacrificar nuestra seguridad financiera, el techo sobre nuestras cabezas y la aceptación social, ¡aún yendo en contra de las expectativas de nuestra familia! “deja que los muertos entierren a sus muertos”. Estos son ejemplos extremos. Pero lo que Jesús nos está diciendo es que debemos medir nuestro aprecio del objetivo basándonos en nuestra aceptación del precio, aún cuando nunca seamos llamados a pagarlo. Y reflexionar en la alternativa.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Pon primero el ministerio a los demás, cualquiera que sea el costo.

El Salmo Responsorial expresa una confianza basada en el entendimiento de Dios: “Tú no eres un Dios que ama la maldad... Pero yo, por tu inmensa bondad, llego hasta tu Casa”. Y así, oramos con confianza: “*Señor, guíame con tu justicia*” (Salmos 5).

Amós 3:1 al 4:12 nos dice que Dios no trata de esconder sus intenciones o los principios que guían sus acciones. Dos hombres que “van juntos” por el camino saben a dónde va cada uno de ellos. Sabemos que hay un significado cuando ruge “el león en la selva” o cuando suena “la trompeta en una ciudad”. Así que debemos de tomar en serio las advertencias que Dios nos hace. Dios “no hace nada sin revelar su secreto a sus servidores los profetas”. ¿Por qué? Porque los profetas son precisamente los mensajeros que Dios nos envía. De ellos es el “ministerio de la luz”. Dios los envía a abrirnos los ojos a la verdad que necesitamos ver.

Podemos rehusarnos a escuchar a los predicadores o a tomar en serio a los profetas. Podemos cerrar los ojos a la historia y a la importancia de lo que ocurre a nuestro alrededor. Podemos ignorar las advertencias de Dios. Pero no podemos dar marcha atrás a la secuencia de “causa y efecto” o evitar que la verdad sea verídica. Tarde o temprano encontraremos la realidad de todo lo que negamos, porque tarde o temprano tendremos que confrontar a Dios, y Dios es la realidad. Al rehusarnos a tomar en serio la verdad de sus palabras, elegimos vivir fuera de la realidad. Podemos rehusarnos a ver a futuro los efectos que tendrán nuestras decisiones, pero cerrar los ojos no nos protege del peligro, ¡como muchas avestruces lo han comprobado, si es que lo que se dice de estas aves es verdad! Amós dice a quienes no escuchan: “preparate a enfrentarte con tu Dios, Israel”. A todos nosotros nos dice: “preparate a enfrentar tu realidad”, porque tarde o temprano lo harás, ya sea que estés preparado o no.

San Mateo 8:23-27 nos revela y nos recuerda una realidad que tendemos a olvidar: que Dios sigue presente y omnipotente, aún cuando parezca estar ausente e inactivo. Jesús estaba dormido en la barca durante una tormenta tan violenta que las olas la estaban hundiendo. Los discípulos tuvieron el sentido común como para despertarlo y decirle: “¡Sálvanos, Señor, nos hundimos!”. Pero ni siquiera ellos estaban preparados para presenciar lo que hizo. Cuando Jesús calmó al mar con una sola palabra, se quedaron tan llenos de admiración que dijeron: “¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?”.

Nosotros sabemos la clase de hombre que es Jesús: Dios mismo hecho carne. Pero aún así, tratamos de salvarnos nosotros mismos escuchando todas las voces menos la suya. Cuando vemos que “nos hundimos”, no es que Jesús esté dormido; nosotros lo estamos. Necesitamos despertarnos entre nosotros mismos a través del “ministerio de la luz” y confiar en su palabra.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Despiértate y despierta a los demás para escuchar la palabra de Dios.

El Salmos Responsorial nos dice que lo que hacemos en nuestras vidas, y no lo que decimos en nuestras ceremonias religiosas, es lo que nos da la experiencia de ser uno con Dios: “*Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios*” (Salmos 50).

Amós 5:14-24 nos hace un llamado a conectar, consciente y meticulosamente, lo que decimos y lo que hacemos: estar *concientes* de lo que decimos cuando oramos; vivir *meticulosamente* lo que expresamos a Dios cuando lo adoramos.

No debe haber una distinción entre nuestra *religión* y nuestra *espiritualidad*. La “religión” (que no es auténtica) puede ser un “sistema” o una estructura de creencias y prácticas que no involucra conscientemente nuestras mente ni nuestros corazones con una respuesta personal a Dios. Podemos decir simplemente que se nos enseña a creer sin pensarlo mucho. Podemos tomar parte en ceremonias religiosas, repitiendo las palabras y tomando parte en las acciones, sin estar alertas de que estamos hablando con Dios o comunicándonos con él de persona a persona. Aún el sacerdote que preside la Misa puede leer las palabras de las oraciones sin dirigirlas consciente y personalmente a Dios como alguien que está presente. Teresa de Ávila dice que si cuando nos dirigimos a Dios, no estamos conscientes de quiénes somos y a quién nos estamos dirigiendo, no estamos realmente orando, “sin importar cuanto se muevan nuestros labios”. Toda oración verdadera es una oración consciente, una interacción de persona a persona con Dios que está presente y escuchándonos.

El “ministerio de la luz” consiste en dar expresión consciente a la vida divina de Dios en nosotros: dejar que nuestra fe, esperanza y amor “se encarnen” en las palabras y acciones que cada vez son más consistentes entre ellas mismas. Escuchamos nuestras palabras para vivirlas por medio de acciones. Revisamos nuestras acciones para comprobar si confirman nuestras palabras. Esto es a la vez la expresión y la experiencia de la presencia de Dios en nosotros: “*Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios*”.

No a todos les agrada estar conscientes de la presencia de Dios. En **San Mateo 8:23-34**, cuando los gadarenos se dieron cuenta que Jesús tenía poderes divinos, le “rogaron que se fuera de su territorio”. ¡Tal vez lo hicieron por miedo a perder más cerdos!, pero lo más probable es que lo hicieron por miedo a lo desconocido. Simplemente querían seguir viviendo al nivel del suelo, sin tratar de indagar lo que hay por arriba o por debajo de ellos. No estaban interesados en el misterio, ni su mente estaba abierta a éste. ¿Somos nosotros como ellos?

El “ministerio de la luz” nos abre los ojos, y los ojos de los demás, para que veamos lo que es más real y menos visible: la presencia y la obra de Dios en nosotros. Cuando dejamos que Dios se exprese en nuestras palabras, nuestras acciones y a través de ellos, “*hacemos saber la salvación de Dios*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Expresa el misterio en palabras y acciones consistentes.

El Salmo Responsorial nos da algunas razones para tratar más fácilmente con Dios. Un ejemplo: *“los juicios del Señor son la verdad, enteramente justos”* (Salmos 19).

En **Amós 7:10-17** el sacerdote Amasías atacó a Amós por profetizar la muerte del rey Jeroboám. Amasías rechazó el mensaje de Amós porque: 1. Si el rey hubiese escuchado a Amós le habría quitado su trabajo como sacerdote de una adoración prohibida; y 2. Amós disolvió la seguridad que Amasías sentía al estar al lado del rey, si decía que su gobierno estaba a punto de ser abolido.

Por estas mismas razones, nosotros también opondremos resistencia a la palabra de Dios y al “ministerio de la luz” si estos: 1. nos piden que renunciemos a cosas a las que estamos atados, o que hagamos cosas a las que nos oponemos; ó 2. su mensaje nos hace sentir miedo o ansiedad. Al no “sentirnos bien” con el mensaje, dejamos de escuchar al mensajero. Esto es tan torpe como no escuchar al doctor cuando nos dice que ¡vamos a morir si no hacemos cambios en nuestro estilo de vida!

El Salmo Responsorial nos reafirma que “La ley del Señor... reconforta el alma... es verdadero... Los preceptos del Señor son rectos, alegran el corazón... iluminan los ojos... los juicios del Señor son... más atractivos que el oro...”. Creer en esto nos libera para poder escuchar mejor a Dios.

San Mateo 9:1-8 nos da un ejemplo de que, al igual que a Amós, a Jesús lo atacaban por las mismas razones. Sus adversarios crónicos fueron: los *sacerdotes* que sentían su base de poder amenazada, los miembros del partido de “la ley y el orden” (los fariseos), y la autonombraada “policía doctrinal”, los *escribas*, quienes se autodenominaron defensores de la ortodoxia judía. Todos ellos caían en el error del fundamentalismo, tal como ahora caen los enemigos del “ministerio de la luz”.

Hay judíos fundamentalistas, musulmanes fundamentalistas, protestantes fundamentalistas de la Biblia y católicos fundamentalistas. Todos ellos reducen a la religión a unas cuantas doctrinas o leyes formuladas simplísticamente, y se rehúsan a verlas en el contexto más amplio y profundo del verdadero espíritu de su religión – y mucho menos a la luz de la mente y del corazón compasivo de Dios.

Los escribas vieron cuestionadas las fronteras de su mundo cómodo cuando Jesús, un hombre, perdonaba los pecados. Vieron que su poder era amenazado cuando la multitud “glorificaba a Dios por haber dado semejante poder”, no sólo a Jesús sino “a los hombres”. Éste era un misterio inaceptable: Dios dando semejante poder a los hombres para que actuaran en su nombre a través de su Espíritu que vivía en ellos, despedazando la esclavitud a las doctrinas y a las leyes congeladas. Esto da miedo a los fundamentalistas. Pero a todos aquellos que están abiertos al misterio: *“los juicios del Señor son la verdad, enteramente justos”*.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Deja que la luz propia de Dios brille en tus palabras y en tus obras.

El Verso del Salmo Responsorial nos dice por qué preocuparnos: “*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”.¹⁰

Amós 8:4-12 denuncia a aquellos que están ¡más interesados en las ganancias que en ser profetas! Quien se preocupa por ganar dinero se encamina inevitablemente, aunque inconscientemente, a pisotear “al indigente para hacer desaparecer a los pobres del país”. Jesús advirtió: “Nadie puede servir a dos señores... a Dios y al dinero. Allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón”.¹¹ Es un hecho que tendemos a seguir los deseos de nuestro corazón, ya sea que los reconozcamos o no. Nuestros juicios son predispuestos por nuestros deseos.¹² Así que necesitamos mantenernos en contacto con nuestros corazones, monitorear nuestros deseos y trabajar contra los apegos desordenados a las cosas de este mundo. Salmos 119 pone énfasis en esto:

Inclina mi corazón hacia tus prescripciones y no hacia la codicia. *Aparta mi vista* de las cosas vanas... *Que mi corazón* cumpla íntegramente tus preceptos, para que yo no quede confundido... *Si tu ley no fuera mi alegría*, ya hubiera sucumbido en mi aflicción.¹³

Amós dice que la peor consecuencia que sufriremos al descuidar la palabra del Señor es quedar privados de ella:

Vendrán días en que enviaré hambre sobre el país, no hambre de pan... sino de escuchar la palabra del Señor. Se arrastrarán... errantes... buscando la palabra del Señor, pero no la encontrarán.

La peor privación es la ausencia del ministerio. Y por esto, durante nuestro Bautismo, Jesús nos consagró explícitamente a todos como *profetas y sacerdotes*: para ser, los unos a los otros, “ministros de la luz”.

En **San Mateo 9:9-13**, los relegados de la religión y los pecadores fueron quienes respondieron a Jesús, incitándolo a que dijera: “No son los [que se sienten] sanos los que [piensan que] tienen necesidad del médico”. Los que buscan la salud son los que saben que están enfermos. El punto es que, paradójicamente, ¡la religión puede evitar que veamos lo poco religiosos que somos! Si somos “fieles” a las observancias de nuestra religión sin estar “llenos de fe”, puede ser que no cuestionemos nuestros corazones ni que nos preguntemos si realmente amamos a Dios y a los demás.

Los verdaderos cristianos son “ministros de la luz” no ministros de la ley. Lo importante es no hacer lo que dice la ley, sino entender la mente y el corazón de Dios que están detrás de la ley.¹⁴ La única forma de guardar fielmente la ley es interpretarla a la luz del amor de Dios. Éste es el ministerio de la luz. *No sólo de leyes vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Expresa lo que hay en tu corazón y en el de Dios en cada uno de tus actos.

¹⁰ Deuteronomio 8:3; San Mateo 4:4; y ve Salmos 119

¹¹ Ve San Mateo 6:19-24

¹² 1 Reyes 11:2

¹³ Salmos 119:36-37, 80, 92

¹⁴ Nehemías 8:8-12; Deuteronomio 6:20-25; San Mateo 11:7

El Salmo Responsorial nos ofrece una clave para entender la palabra de Dios: *“Dios anuncia la paz a su pueblo”* (Salmos 95).

En **Amós 9:11-15** el profeta revela el objetivo que Dios tiene en mente cuando hace un llamado a la gente para que viva de acuerdo a su palabra: “Yo cambiaré la suerte de mi pueblo... ellos reconstruirán las ciudades devastadas y las habitarán, plantarán viñedos y beberán su vino, cultivarán huertas y comerán sus frutos”. En otras palabras: “Dios anuncia la paz a su pueblo”. El Salmo Responsorial continúa así: “la paz para su pueblo y sus amigos, y para los que se convierten de corazón”.

Si en ocasiones sentimos que la ley de Dios es gravosa, tenemos las palabras de Jesús que nos dicen que la ley de Dios es mucho menos gravosa que la vida sin ella:

Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana.¹⁵

Si la ley de Dios nos parece gravosa es porque no nos fijamos en su objetivo, no vemos hacia dónde está dirigiéndonos. Si tratamos de identificar el propósito de cada una de las leyes de Dios y las seguimos de modo que se logre este propósito, hallaremos que todas sus leyes son dadoras de vida y son fuente de alegría y paz. Así, diremos basados en nuestra experiencia: *“Dios anuncia la paz a su pueblo”*.

En **San Mateo 9:14-17** Jesús nos pone un ejemplo de esto. Los discípulos de Juan Bautista estaban sorprendidos porque, mientras ellos y los fariseos ayunaban, los discípulos de Jesús no lo hacían. Y puede ser que se estuvieran preguntado, sin decirlo, el por qué Jesús mismo no ayunaba. El ayuno estaba asociado con la santidad. Los santos ayunaban.

Jesús respondió preguntando cuál era el objetivo de ayunar. El objetivo que él propuso era sentir hambre física para poder reconocer, experimentar y expresar el hambre de nuestras almas por Dios – y específicamente por él como “novio”. Mientras Jesús estaba físicamente con sus discípulos, ellos no sentían la necesidad de ayunar.

Jesús siguió diciendo que él iba a cambiar la naturaleza de todos los actos religiosos. El “vino nuevo” de su Camino nuevo¹⁶ requería “odres nuevos”. Pero ya que toda naturaleza se determina por su fin, para cambiar la naturaleza de la religión, Jesús tenía que cambiar su propósito. Jesús rediseñó la religión para hacer de él mismo, de su propia persona – y Dios manifiesto a través Jesús como Padre y Espíritu – el enfoque de todo acto religioso que llevamos a cabo. El objetivo de toda ley y toda regla cristiana no es la “moralidad” o el “ascetismo” en sí, sino la unión personal con Dios. El “ministerio de la luz” mantiene este enfoque al explicar cada una de las leyes.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Exprésate a Dios en todo acto religioso.

¹⁵ San Mateo 11:28-30

¹⁶ Al cristianismo se le llama simplemente “el Camino” en Los Hechos 9:2; 18:25, 26; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22

Domingo XIV de Tiempo Ordinario (Año A)

El enfoque del Ministerio es Dios

INVENTARIO

Si tuvieras que usar un adjetivo para describir a Dios, ¿cuál usarías? ¿Qué te dice que Dios es así? ¿En qué forma has experimentado que Dios es así contigo?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada celebra los “dones del amor” de Dios – por medio de los cuales “todos los hombres de la tierra” lo conocerán y lo alabarán.

La Oración Colecta reconoce la bondad de Dios en la “obediencia de Jesús”, a través de cuya muerte y resurrección Dios redimió al “mundo de la esclavitud del pecado”. Basados en esto, buscamos a Dios como aquél que nos hará “participar ahora de una santa alegría y, después en el cielo, de la felicidad eterna”. No es de sorprender que el Salmo Responsorial (Salmos 145) proclame: *“Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey”*.

El Príncipe de la Paz

Zacarías 9:9-10 nos presenta una visión de un mundo en el que la guerra y sus instrumentos, que dan una sensación de poder a los hombres débiles, ya no ocurrirán: Dios “suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será suprimido y proclamará la paz a las naciones”. Sólo Dios reinará: “Su dominio se extenderá de un mar hasta el otro, y desde el Río hasta los confines de la tierra”. Esto lo logrará a través de su elegido, el Mesías, quien sabemos es Jesús. Y él lo logrará sin poder humano y sin violencia: “¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno”, la cabalgadura de quien viene en son de paz, no montado sobre un caballo, el orgullo de los guerreros.

Domingo XIV de Tiempo Ordinario (Continuación)

La Iglesia nos dice que esta profecía se cumple en Jesús y la cita en la liturgia del Domingo de la Pasión (Domingo de Ramos), cuando Jesús entró triunfante a morir en Jerusalén, y Dios “por medio de la muerte de” su Hijo redimió “al mundo de la esclavitud del pecado”. Éste es el Dios de “bondad” que nos evoca a clamar: “*Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey*”. Porque él es “bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; el Señor es bueno con todos y tiene compasión de todas sus criaturas” (continuación del Salmo 145). Éste es el espíritu de Jesús.

El Espíritu de Cristo

San Pablo nos dice en **Romanos 8:9-13** que este es el espíritu que debe estar en nosotros, y es el Espíritu de Dios que vive en nuestros corazones: “El que no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Cristo”. Éste es el Espíritu de “aquel que resucitó a Jesús”, y este mismo Espíritu nos levantará por encima de las actitudes y los valores de “la carne” – las suposiciones y prácticas destructivas aceptadas por todas las culturas y sociedades de la humanidad. San Pablo escribió: “Si ustedes viven según la carne, morirán. Al contrario, si hacen morir las obras de la carne por medio del Espíritu, entonces vivirán”. Aquí, San Pablo hace eco de las palabras de Jesús: “el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará”. Ésta es la refutación final de aquellos que adoptan la violencia de la guerra. Pero también se aplica a todas las conductas agresivas y defensivas que tomamos día a día, motivados por el miedo, la obsesión con la seguridad y la adicción al poder – cualquier cosa que nos lleve a actuar en contra de la “bondad” de Dios.

“Vengan a Mí...”

En **San Mateo 11:25-30** Jesús hace eco propio del Salmo Responsorial “*Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey*” al exclamar: “*Te alabo, Padre*, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños”. Los niños pequeños se conmocionan espontáneamente cuando ven que alguien es abofeteado, le pegan o aún cuando solamente le gritan. Al menos así es hasta que, a una edad muy temprana, se vuelven “sabios y conocedores” de las conductas de la sociedad humana. En nuestra cultura, los “callejeros” – ya sea la calle de “Wall Street”, la Avenida Madison, la Avenida Pensilvania, o un callejón del Bronx – se adaptan rápidamente a los caminos del mundo. Así, el camino del Espíritu permanece “oculto” para ellos. No tienen la “bondad” de Dios porque no conocen al Padre o al Hijo: “llegará la hora en que los mismos que les den muerte pensarán que tributan culto a Dios. Y los tratarán así porque *no han conocido ni al Padre ni a mí*” (San Juan 16:2-3).

El camino al Padre es a través de la unión con el corazón de Cristo:

Nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar... aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio”.

“Conocemos a Dios” al tener “los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Filipenses 2:5-9); o sea: al permitir que el Espíritu conforme nuestros corazones al espíritu apacible, no violento, pacífico y unificador del corazón de Cristo. Ésta es la clave de la santidad. Ésta es la clave del ministerio. Ésta es la clave del cristianismo (ve San Juan 13:1-12; 14:15-26; 15:9-15).

El camino del sacerdote es el amor. Jesús era un Sacerdote al ser una Víctima. Nosotros sólo podemos ser “sacerdotes en el Sacerdote” al ofrecernos como víctimas en él. Es su amor sacrificado, manifiesto en nosotros, que lleva al mundo a responder: “*Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey*”.

ILUMINACIÓN

¿Has sentido la “bondad” de Dios? ¿Es ésta la que te atrae a él?

INICIATIVA

Trata de detectar qué hay en tu entorno – en la escuela, en el trabajo, en la política, aún en la vida social y familiar – que te inclina a tratar de alcanzar el poder y el control por medio de la violencia – de pensamiento, palabra y obra. Responde mirando al corazón de Cristo.

El Salmo Responsorial enfoca nuestra esperanza en el corazón de Dios: “*El Señor es clemente y misericordioso*” (salmos 145).

Esta semana iniciamos las lecturas del libro del profeta Oseas. En **Oseas 2:16-22** Dios revela que el amor por su pueblo es un amor conyugal: El amor de el novio por la novia. Sobre todo se trata de un amor *fiel*: cuando su esposa le es infiel, Dios no la deja ir:

Por eso, yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón. Desde allí, le daré sus viñedos y haré del valle de Acor una puerta de esperanza. Allí, ella responderá como en los días de su juventud.

Cuando Dios reveló su ser más íntimo a Moisés, la característica que lo identificaba era su “misericordia y fidelidad” que también traducimos como “gracia y verdad” o simplemente como “amor eterno”. Estas palabras son “una definición virtual de Dios”¹⁷, y ninguna imagen puede expresarlas mejor que las imágenes de Dios como Padre y como Esposo. Lo que sí es único en Dios es que este amor nunca termina. Él nunca nos abandonará. Entre más mal andemos, más nos buscará. Entre más infieles le seamos, más fiel nos será él. Éste es el mensaje de Oseas. Es el mensaje de esperanza que debe caracterizar todo ministerio cristiano.

Si realmente conocemos a Dios nos relacionaremos a él como Esposo. “Aquel día tú me llamarás: ‘Mi Esposo’”. El objetivo del ministerio cristiano es hacer que la gente llegue a comprender esto.¹⁸

San Mateo 9:18-26 nos presenta las tres características de Jesús que deben inspirar y guiar todo ministerio cristiano. Primero, la petición del alto jefe nos demuestra que había algo en Jesús que hacía sentir a la gente que él *quería ayudar*. Esa era su prioridad principal. Los ministros cristianos no rechazan a la gente por haber violado alguna ley de la Iglesia. Los ministros siempre encuentran la forma de ayudar, aunque esto signifique torcer las reglas, aunque sin llegar a romperlas. En todo ministerio pastoral, la regla número uno que se antepone a todas las demás es “Apacienta mis ovejas”.¹⁹

Segundo, Jesús era *accesible*. La mujer entre la multitud tuvo el valor de acercarse a tocarlo. Hasta donde sabemos, Jesús nunca rechazó a alguien ¡por no respetar su agenda o por acercársele cuando resultaba inconveniente!

Finalmente, Jesús *nunca desistió de la gente* o subestimó de lo que eran capaces. La multitud se rió de él cuando dijo: “la niña no está muerta”. Pero ya que él creía que la podía volver a la vida, lo hizo. Lo mismo podemos hacer nosotros.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Lleva a cabo el ministerio a partir de la esperanza de forma que alimente la esperanza.

¹⁷ Ve Éxodo 33:12 al 34:6 y el “*Jerome Biblical Commentary*” sobre San Juan 1:14.

¹⁸ Para Santa Teresa de Ávila la cúspide y el objetivo de nuestra interacción con Cristo es el “matrimonio espiritual”. Ve *El Castillo Interior*.

¹⁹ San Juan 21:15-17

Semana XIV de Tiempo Ordinario (Año II) MARTES

El Salmo Responsorial nos dice que los ídolos son “obra de las manos de los hombres. Tienen boca, pero no hablan... tienen orejas, pero no oyen”. Pero “*Israel confía en el Señor*” – quien sí nos habla y nos escucha, y nos permite escuchar y responderle (Salmos 115).

Oseas 8:4-13 nos dice que si creamos los gobiernos o las iglesias (ambos con la intención de mejorar la calidad de vida en la tierra) sin escuchar los propósitos de Dios, se tratará en realidad de ídolos, y resultarán destructivos. Dios dice que su propio pueblo

entronizaron reyes, pero sin contar conmigo; designaron príncipes, pero sin mi aprobación. Se hicieron ídolos con su plata y su oro, para su propio exterminio... Porque siembran vientos, recogerán tempestades.

Los norteamericanos apoyan al gobierno; y probablemente la mayoría apoya a la religión. Pero en ambas instituciones, ¿escuchamos a Dios con la intención de responderle? Si no lo hacemos, ambas instituciones son “obra de las manos de los hombres”, ídolos que sirven para nuestra propia destrucción. Si escuchamos a Dios con la intención de servirle, esto también nos sirve a nosotros. Pero si sólo queremos servirnos a nosotros mismos sin poner atención a lo que Dios dice es para nuestro bien, nos autodestruiremos.

Nosotros que sí vamos a la iglesia debemos preguntarnos constantemente qué es lo que estamos buscando. ¿Vamos porque queremos “sacar algo de provecho” o porque queremos “poner algo”? ¿Tenemos la intención de servir a Dios o esperamos que Dios nos sirva a nosotros haciéndonos favores?

Esto es algo crucial en el *ministerio*. Si los servidores públicos en la iglesia o el gobierno hacen ídolos de sus propios intereses, disminuyen nuestras esperanzas y las de Dios.

En **San Mateo 9:32-38** Jesús hace hablar a un mudo expulsando el demonio que había en él. Jesús nos faculta para *responder* a Dios *liberándonos* del pecado y del egoísmo que nos esclavizan. Nos libera de todo lo que nos hace incapaces de *oír* la palabra de Dios y de *hablar* en respuesta ella a través de palabras de decisión y elección.

Jesús hace esto al *recorrer* “todas las ciudades y los pueblos” – estando omnipresente en nuestro mundo de hoy a través de los miembros de su cuerpo – “*enseñando... y proclamando*” a través de nosotros y en todas partes la “Buena Nueva” de que Dios está estableciendo su reino de verdad y amor en todas las áreas y actividades de la vida humana en la tierra. Con nosotros, en nosotros y a través de nosotros como su cuerpo, Jesús está presente e involucrado en la religión, la política, los negocios, la educación y la vida social y familiar. Nosotros somos los “trabajadores para su cosecha”. Nuestro ministerio es “*curar*” a los individuos y a la sociedad de “*todas las enfermedades y dolencias*” – hacer que todas las cosas estén bajo el reino de Dios para que todos puedan disfrutar de la “vida en plenitud”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Busca sólo servir. Deja que Cristo actúe a través de ti.

El Salmo Responsorial nos apremia a que recordemos “las maravillas que él [el Señor] obró, sus portentos y los juicios de su boca” para que siempre hagamos lo que el responsorio nos dice: “*Buscad continuamente el rostro del Señor*” (Salmos 105).

Oseas 10:1-12 predice unas consecuencias de la infidelidad de Israel tan graves que la gente dirá “entonces a las montañas: “Cúbrannos”, y a las colinas: “¡Caigan sobre nosotros!””.²⁰ Pero como siempre, el mensaje de Oseas es un mensaje de esperanza. Anima a la gente diciendo:

Siembren semillas de justicia, cosechen el fruto de la fidelidad, roturen un campo nuevo: es tiempo de buscar al Señor, hasta que él venga y haga llover para ustedes la justicia.

Todo ministerio cristiano es un ministerio de esperanza, porque Dios es bueno. Dios es bondadoso. Dios es fiel. Y Dios tiene el poder para salvarnos. “En toda la tierra rigen sus decretos”, como nos dice el resto del Salmo 105. Nosotros estamos llamados a vivir con alegría: “alégrense los que buscan al Señor”. El secreto para estar siempre alegres es: “*Buscad continuamente el rostro del Señor*”.

La verdad es que Dios no se espera hasta que nosotros lo busquemos; él nos busca para salvarnos. En **San Mateo 10:1-7** lo vemos responder a la oración que él hizo en el Evangelio de ayer: “Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para su cosecha”:

Jesús convocó a sus doce discípulos... A estos Doce, Jesús los envió con las siguientes instrucciones... “Por el camino, proclamen que el Reino de los Cielos está cerca”.

El ministerio Cristiano es un ministerio de esperanza porque es la encarnación de la “misericordia y fidelidad” de Dios, de su “amor eterno”. No importa qué tanto nos hayamos alejado de Dios, él seguirá buscándonos:

Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se pierde, ¿no deja las noventa y nueve restantes en la montaña, para ir a buscar la que se extravió?²¹

Éste es el espíritu que anima los ministerios cristianos. No somos simplemente tenderos esperando a que lleguen los clientes. A los cristianos nos anima el celo misionero. El amor que debe ser evidente en nuestro ministerio y debe estar encarnado en nuestras acciones, es el amor de Jesús, el Buen Pastor, quien nos conoce íntimamente a todos y a quien le importamos tanto como para morir por cada uno de nosotros y nunca detenerse hasta que todos estemos seguros.

Yo soy el buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí, como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este corral y a las que debo también conducir.²²

El amor de Dios es lo único que da esperanza en la tierra. Encarnarlo es la carga y la bendición de los ministerios cristianos.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Da esperanza a todos a través del amor.

²⁰ Ve también San Lucas 23:30

²¹ San Mateo 18:12

²² San Mateo 10:14-16

En el Salmo Responsorial oramos diciendo: “*Que brille tu rostro, Señor, y nos salve*” (Salmos 80).

Oseas 11:1-9 ofrece una respuesta a uno de los principales motivos para pecar. La respuesta es: “yo soy Dios, no un hombre: soy el Santo en medio de ti, y no vendré con furor”.

Pecamos porque pensamos que la religión destruye lo humano. Pensamos que si guardamos las leyes de Dios no podremos disfrutar de la vida. Y muchos ministros cristianos nos han llevado a caer en esta trampa al enfatizar todo lo que no debemos hacer. Cuando protestamos, porque ellos hacían ver la moralidad como algo miserable, trataron de asustarnos con la “puerta estrecha”, diciéndonos que si no aceptábamos la disminución de la vida en este mundo a causa de la religión, Dios nos destruiría en la siguiente vida. Nos dieron a elegir entre lo malo y lo peor. La respuesta de Dios a esto es: “Dejen de fijarse tanto en mis leyes; ¡véanme a mí! Yo soy Dios. No pienso como los seres humanos. No tengo deseos de destruir la vida o de disminuirla”. Jesús dijo: “yo he venido para que las ovejas *tengan Vida*, y la tengan en *abundancia*”.²³

Dios dice a través de Oseas:

Ellos no reconocieron que yo los cuidaba. Yo los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor; era para ellos como los que alzan a una criatura contra sus mejillas.

Necesitamos juzgar las leyes de Dios por Dios y no a Dios por sus leyes. No habremos entendido cosa alguna hasta que entendamos a Dios: “*Que brille tu rostro, Señor, y nos salve*”.

Jesús sí dijo: “Entren por la puerta estrecha”. Pero acababa de decir:

Pidan y se les dará... el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Quién de ustedes, cuando su hijo le pide pan, le da una piedra?... ¡cuánto más el Padre de ustedes que está en el cielo dará cosas buenas a aquellos que se las pidan!²⁴

Entrar “por la puerta estrecha” es dejar de enfocarse en “canal” que marcan las leyes y trazar el rumbo siguiendo la “estrella fija” que es Jesús mismo, buscando complacerlo en todo lo que hacemos. No hay nada más “estrecho” que una línea recta – o menos restrictivo. “*Que brille tu rostro, Señor, y nos salve*”.

En **San Mateo 10:7-15** Jesús envía a sus discípulos en una misión de vida y esperanza: “Curen a los enfermos, resuciten a los muertos, purifiquen a los leprosos, expulsen a los demonios”. Estos son ministerios de un amor que nos sana y que es dador de vida. Si encontramos a alguien que no nos “recibe” ni nos quiere “escuchar”, antes de sacudirnos “el polvo de los pies” debemos preguntarnos si estamos realmente predicando la Buena Nueva. ¿Les estamos mostrando el verdadero rostro de Jesús? “*Que brille tu rostro, Señor, y nos salve*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Muestra el rostro de Cristo en todo lo que digas o hagas.

²³ San Juan 10:10

²⁴ San Mateo 7:7-14

En el Salmo Responsorial proclamamos, en armonía con nuestra lectura final de Oseas, que somos ministros de un arrepentimiento que es un don de Dios y una fuente de alegría: “Crea en mí, Dios mío, un corazón puro... Devuélveme la alegría de tu salvación, que tu espíritu generoso me sostenga... *“Mi boca proclamará tu alabanza, Señor”* (Salmos 51).

Oseas 14:2-10 nos insta a decirle a Dios: “Borra todas las faltas, acepta lo que hay de bueno, y te ofreceremos el fruto de nuestros labios”. El libro de Oseas es un fuerte llamado al arrepentimiento; pero todo el libro es una buena noticia. A través de su profeta Dios promete a su pueblo, y por lo tanto a nosotros, y a todos los que se vuelvan a él:

Yo... los amaré generosamente... ¿qué tengo aún que ver con los ídolos? Yo le[s] respondo y velo por [ellos].

Todas las promesas de Dios a Israel se cumplieron cuando Dios mismo vino en Jesús, Dios Hijo encarnado, para ser uno de nosotros, para habitar entre nosotros, para unirnos a él en una unión mítica como miembros de su cuerpo, para llevarnos con él a la muerte en la cruz por medio del Bautismo y lograr así que nuestros pecados sean destruidos, y para resucitarnos con él y así vivir sobre la tierra en la luz y el poder de su Espíritu como su cuerpo redentor y redimido. Ésta es la Buena Nueva. Y nosotros somos, los unos a los otros y a todo el mundo, los ministros de esta Buena Nueva. Estamos llamados y consagrados por el Bautismo para ser “sacerdotes en el Sacerdote”, miembros y ministros en Cristo, mediadores de la vida divina los unos a los otros, heraldos de esperanza y mensajeros de la alegría. *“Mi boca proclamará tu alabanza, Señor”*.

No obstante, en **San Mateo 10:16-23** Jesús nos previene que no siempre nos percibirán como mensajeros de la alegría:

Yo los envío como a ovejas en medio de lobos... serán odiados por todos a causa de mi Nombre.

La gente tiene miedo de escuchar la palabra de Dios, miedo de lo que los llamará a ser. Tienen miedo de entrar en una relación más profunda con Dios, porque no lo conocen a él ni a Jesús. “Ustedes no me conocen ni a mí ni a mi Padre”. Para esto nos envía, para darlo a conocer.²⁵

Si nos rechazan, y rechazan nuestro ministerio, nuestra respuesta debe ser la de Jesús: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. El precio – y el fruto – del ministerio es el amor incondicional: amor como el de Dios; amor que hace visible el amor de Dios que proclamamos. Su “mandamiento nuevo” a todos los que ejercen el ministerio en su nombre es: “ámense los unos a los otros *así como yo los he amado*”.²⁶ Ésta es la clave de todo ministerio.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Ama con una esperanza que dé esperanza.

²⁵ San Juan 8:19, 14:7, 16:3, 17:25; 1San Juan 3:1

²⁶ San Lucas 23:34; San Juan 13:34, 15:12

El Salmo Responsorial basa el ministerio en la confianza de que el Señor tiene todo el poder: “*El Señor reina, vestido de majestad*” (salmos 93).

Ahora que iniciamos con el libro de **Isaías**, el capítulo **6:1-8** nos muestra que su ministerio dio principio en la presencia de la gloria de Dios:

Yo vi al Señor sentado en un trono elevado y excelso, y las orlas de su manto llenaban el Templo. Unos serafines estaban de pie por encima de él... Y uno gritaba hacia el otro: “¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria”.

En respuesta al miedo de Isaías, uno de los serafines tocó sus labios con una braza y le dijo: “Mira: esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido borrada y tu pecado ha sido expiado”.

Fue entonces que Dios dijo: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?”. Isaías respondió: “¡Aquí estoy: envíame!”

Para poder hablar como ministros de Dios debemos saber: 1. Que hemos sido escogidos y enviados por Dios; 2. Que no somos dignos de ejercer el ministerio en su nombre; somos pecadores; 3. Que Dios nos ha purificado de cierto modo de nuestros pecados – no totalmente, solo “nuestros labios”, para que podamos proclamar a los demás su perdón y su poder de también purificarlos a ellos; 4. Que somos enviados como los ministros débiles del poder abrumador de Dios; como los pecadores elegidos para ser mensajeros de su santidad imponente. El ministerio es algo que no debemos de asumir ni rechazar. Ejercemos el ministerio porque estamos llamados a hacerlo. Estamos llamados porque Dios ha decidido llamarnos. Todo ministerio comienza con la majestad de Dios, y la majestad de Dios es su fin: “Santo, santo, santo es el Señor, los cielos y la tierra están llenos de su gloria”. Para esto vivimos y respiramos: “¡Padre! ¡Santificado sea tu nombre!”.

En **San Mateo 10:24-33** Jesús nos pide que ejerzamos el ministerio sin temor, siendo conscientes de la gloria que él nos envió y la gloria que nos recibirá:

No teman a los que matan el cuerpo... Al que me reconozca abiertamente ante los hombres, yo lo reconoceré ante mi Padre que está en el cielo. Pero yo renegaré ante mi Padre que está en el cielo de aquel que reniegue de mí ante los hombres.

Como ministros de Jesús comenzamos y terminamos frente al trono de Dios, donde los ángeles proclaman: “Santo, santo, santo es el Señor, los cielos y la tierra están llenos de su gloria”. Si nos rechazan como discípulos, seremos simplemente como nuestro maestro:

que era de condición divina... se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor... Por eso, Dios lo exaltó... para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla... y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre.²⁷

El resultado final es: “*El Señor reina, vestido de majestad*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Busca a Dios y no las apariencias del mundo.

²⁷ Filipenses 2:6-11

Domingo XV de Tiempo Ordinario (Año A)

Estamos Llamados a Alimentar Semillas con “Misericordia”

INVENTARIO

¿Te has preguntado alguna vez por qué la palabra de Dios parece tener tan poco efecto en la gente?
¿Por qué después de dos mil años de cristianismo, todavía hay tantas injusticias y violencia en el mundo? ¿Dónde está el “reino de Dios”?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada celebra la alegría de ver la gloria de Dios: *“Pero yo, por tu justicia, contemplaré tu rostro, y al despertar, me saciaré de gozo en tu presencia”* (Salmos 16). Pero el Salmo Responsorial nos recuerda que la alegría de ver la gloria de Dios está condicionada en ser “tierra buena” para su palabra: *“La semilla cayó en tierra buena y dio fruto”* (Salmos 64). El reino de Dios está esperando la respuesta de los seres humanos.

En la Oración Colecta profesamos nuestra creencia que la luz de la verdad del Padre nos guiará por el camino de Cristo. Este camino nos lleva por un mundo lleno de luces contrarias a la suya. Y por ello pedimos que todos quienes lo seguimos seamos capaces de rechazar las cosas que van en contra del Evangelio, para que su amor nos convierta en lo que él nos ha llamado a ser. Las Lecturas desarrollan este mismo tema.

La Buena Semilla

Isaías 55:10-11 deja en claro que la palabra de Dios es una semilla fértil: “la palabra que sale de mi boca... no vuelve a mí estéril, sino que realiza todo lo que yo quiero y cumple la misión que yo le encomendé”. El problema no está ni en la palabra de Dios, ni en sus enseñanzas, sus instrucciones o su guía. El problema está en nosotros y en nuestra respuesta a la palabra de Dios. Pero antes de que veamos las lecturas que nos lo explican, debemos primero detenernos y reafirmar la verdad básica, fundamental e inmutable que siempre debemos tener en cuenta: *La palabra de Dios cumple con su misión.*

Es buena semilla. Es “*La semilla [que] cayó en tierra buena y dio fruto*”

La Creación Espera

Romanos 8:18-23 reconoce la realidad de nuestra condición presente en este mundo. Aunque (ve las lecturas del domingo pasado) estamos “en el Espíritu” y “el Espíritu de Dios habita en” nosotros; a pesar de que “todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios y coherederos de Cristo”; y a pesar de que sabemos que “la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios”; aún así, también sabemos “que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto. Y no sólo ella: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente anhelando que se realice la plena filiación adoptiva, la redención de nuestro cuerpo”. Nuestros espíritus han sido liberados por la gracia y por nuestra participación en la vida divina de Dios, pero mientras estemos en la carne de nuestros cuerpos en este mundo, estamos sujetos a las influencias físicas del mundo. Estamos rodeados por el espíritu de este mundo que se encarna en palabras, acciones y patrones de conducta que influyen en nosotros, nos seducen y nos inhiben, y por ello clamamos con San Pablo: “observo que hay en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón y me ata a la ley del pecado que está en mis miembros... ¿Quién podrá librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte?”.

La respuesta, por supuesto, es “Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida”. Y aunque su camino nos lleve por un “un mundo lleno de luces contrarias a la suya” sabemos que todos los que lo seguimos hemos sido habilitados para rechazar las cosas que van en contra del Evangelio, para que su amor nos convierta en lo que Él nos ha llamado a ser. La palabra de Dios tiene el poder para salvarnos. “*La semilla cayó en tierra buena y dio fruto*”.

Tierra Buena y Tierra Mala

San Mateo 13:1-23 nos explica por qué la palabra de Dios no siempre da fruto. Jesús no es un Salvador unilateral. Él quiere que la humanidad tenga un papel y una parte activa en su propia salvación. Dios no nos recoge como si fuéramos materia inerte para depositarnos en el cielo. Esto desacreditaría a Dios Creador diciendo que la naturaleza humana que él diseñó puede corromperse tanto por el pecado – por las acciones de los hombres – que aún el poder divino de Dios no puede hacerla funcionar nuevamente.

La “parábola del sembrador” le dio a la gente de los tiempos de Jesús la sorprendente revelación de que Dios no podía establecer el Reino sin la cooperación de los hombres. Jesús nos dice que lo que bloquea nuestra respuesta a su palabra es: 1. *La esclavitud al “camino trillado” de la cultura* que hace que no podamos entender el mensaje del Evangelio, que nos parezca algo con lo que no podemos relacionarnos; 2. *No reflexionar profundamente* en su palabra hasta enraizarla en nuestras *decisiones* (el “terreno pedregoso” de escuchar superficialmente); y 3. *El apego de corazón* a las cosas de este mundo (las “espinas” que “ahogan al mundo”).

Domingo XV de Tiempo Ordinario (Continuación)

Conscientes de esto, si los ministros cristianos desean que su ministerio sea efectivo, deben modelar y fomentar: 1. *La emancipación de la cultura* aceptando radicalmente a Jesús como el Salvador; 2. El *discipulado* de amplia reflexión que lleva a tomar decisiones personales; y 3. Un compromiso a vivir una vida de una *conversión constante* (cambio) dando un *testimonio profético* contra la obscuridad y las prácticas destructivas de la sociedad humana establecida.

Sin embargo, para que la semilla crezca, los ministros deben construir y mantener la “tierra buena” de la *comunidad* cristiana, donde las semillas pueden cultivarse y crecer juntas. Éste es el trabajo de todos lo que son *sacerdotes* por el Bautismo.

Si vivimos los compromisos de nuestro Bautismo haciendo todo lo anterior, el poder de Dios trabajando en nosotros y a través de nosotros como *administradores del reino* de Cristo, establecerá el Reino de Dios en la tierra: “un Reino de Verdad, de Vida, de Santidad, de Gracia, de Justicia, de Amor y de Paz” (Prefacio de la Misa de Cristo Rey). Nosotros “renovaremos la faz de la tierra”. “*La semilla cayó en tierra buena y dio fruto*”. Así, “*al despertar, me saciaré de gozo en tu presencia*”.

(Para consultar una ampliación sobre los cinco compromisos del Bautismo, ve *Reaching Jesus – Five Steps to a Fuller Life*. La Parábola del Sembrador se explica en *His Word*. Ambos libros están disponibles en www.hisway.com).

ILUMINACIÓN

¿Creo que las cosas cambiarán si la gente toma seriamente la palabra de Dios? ¿Lo voy a hacer?

INICITIVA

Por medio de las palabras, pero sobre todo por medio del ejemplo, alienta a la gente a que reflexione diaria y seriamente en la palabra de Dios y a que responda por medio de decisiones.

El Salmo Responsorial nos dice que nuestro objetivo en la religión y el ministerio debe ser, en primer lugar, vivir de modo que podamos ver y entender el misterio de Dios. *“Al que sigue el buen camino le haré ver la salvación de Dios”* (Salmos 50).

La lectura del sábado pasado fue una “vista retrospectiva” de la visión que llevó a Isaías a profetizar. En **Isaías 1:10-17** el profeta da inicio a su mensaje haciendo un llamado a Israel (y a nosotros) diciendo: “El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles”²⁸ – pidiéndonos que reexaminemos la raíz de nuestras observancias religiosas, el objetivo que da dirección, significado y valor a todo lo que hacemos: “¡Cesen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien! ¡Busquen el derecho...!”.

Podemos efectuar actos religiosos sin rumbo fijo, llevándolos a cabo sólo porque se supone que tenemos que hacerlo, sin objetivo alguno en mente excepto una conformidad obediente. Y podemos quedarnos cortos en nuestro ministerio mutuo con los demás. Podemos animar a nuestros hijos y a los demás a “ir a Misa” sin enseñarles (o sin preguntarnos a nosotros mismos) por qué la Iglesia nos llama a que vayamos, o cuál debe ser nuestro *objetivo*, nuestro enfoque, al participar en la Eucaristía. Sí es así, sólo estaremos ahí “cumpliendo con nuestra obligación”, y Dios nos dirá, por medio de Isaías: “¿Qué me importa la multitud de sus sacrificios?... No me sigan trayendo vanas ofrendas”.

Es verdad que en sí misma, la Misa siempre tiene el valor de la ofrenda que Jesús hizo en la cruz, ya que es esta misma ofrenda la que se hace presente. Pero su valor para nosotros es mayor o menor de acuerdo con nuestra participación activa en la celebración. Si no sabemos lo que se supone que deberíamos de estar haciendo en la Misa, y no tratamos de hacerlo, la Misa será una experiencia “muerta” para nosotros, y la volveremos algo mortal para los demás. Así que Isaías nos apremia diciendo: “¡Presten atención a la instrucción de nuestro Dios... *aprendan a hacer el bien! ¡Busquen el derecho...!*”.

En **San Mateo 10:34 al 11:1** Jesús clarifica su objetivo, que es también el objetivo de la Misa. No se trata de hacernos “sentir bien”: “No piensen que he venido a traer la paz sobre la tierra. No vine a traer la paz, sino la espada”. Jesús vino para hacernos caer en una “crisis”, para hacernos elegir, no sólo entre el bien y el mal, sino entre el bien y la perfección. Nos llama a “perder nuestras vidas” al nivel de la realización humana ordinaria que pudiera ser nuestro objetivo presente, y a apuntar en su lugar a “la vida en abundancia”²⁹. En todas nuestras observancias religiosas, especialmente en la Misa, debemos tener la intención de “morir” al nivel que vida que hemos aceptado para poder vivir en el nivel de Dios a través de la unión con Jesucristo por medio de la gracia. Y éste debe ser el objetivo de nuestro ministerio a los demás. Diluir el Evangelio es contaminar el agua del Bautismo, cuyo poder salvador se ve sólo por aquellos que apuntan a la “vida en abundancia”. *“Al que sigue el buen camino le haré ver la salvación de Dios”*.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Encarna “la vida en abundancia” y compártela.

²⁸ San Mateo 3:10

²⁹ San Juan 10:10

El Salmo Responsorial nos llama a confiar que Dios logrará lo humanamente imposible: “*Dios ha fundado su ciudad para siempre*” (Salmos 48).

En **Isaías 7:1-9** el “mensaje” es: “Si ustedes no creen, no subsistirán”.

Es difícil ganarse a la gente por medio del ministerio para que busquen la “vida en abundancia”. La gente, influida por la cultura y la inercia humana, se inclina a conformarse con menos; a conformarse con una religión que los haga sentir adecuadamente seguros en una relación adecuadamente buena con Dios. ¿Para qué romper las ataduras y hacer más de lo que tenemos que hacer? ¿Para qué buscar la “perfección” si con sólo guardar los mandamientos es suficiente para “salvarnos”?³⁰ ¿Para qué ir a Misa todos los días si sólo estamos obligados a ir cada semana? ¿Para qué leer las Escrituras si no hay una ley de la Iglesia que nos diga que lo tenemos que hacer? ¿Para qué hacer retiros, atender a las misiones de la parroquia o unirse a los grupos de discusión? ¿Para qué leer más sobre la religión si ya hemos completado las clases de educación religiosa que se requieren para hacer la Primera Comunión y la Confirmación? ¿Para qué buscar “más” sin sólo basta con lo “suficiente”?

Isaías profetizó la victoria contra estas cosas y todas las otras que parecen no tener esperanzas. Pero la verdadera lucha:

no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio...³¹

En nuestro ministerio de lucha contra estas fuerzas, necesitamos creer con la misma fe y esperanza que Isaías demandaba de Ajaz, “Dios ha fundado su ciudad para siempre”. “Si ustedes no creen, no subsistirán” decía Isaías, y siendo así, ni buscaremos la “vida en abundancia”, ni lograremos que los demás la busquen.

En **San Mateo 11:20-24** Jesús lanza una seria advertencia sobre las consecuencias del conformismo. Dice que sería peor para la gente “buena” que seguía la religión verdadera que Dios había dado a su Pueblo – y que se habían conformado con esto en lugar de aceptar lo “más” que Jesús ofrecía – que para aquellos no judíos de Tiro y Sidón que no conocían la palabra de Dios, o ¡aún que para los inconfesablemente corruptos habitantes de Sodoma!³²

¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si los milagros realizados entre ustedes se hubieran hecho en Tiro y en Sidón, hace tiempo que se habrían convertido, poniéndose cilicio y cubriéndose con ceniza. Yo les aseguro que, en el día del Juicio, Tiro y Sidón serán tratadas menos rigurosamente que ustedes.

¿Quién rechazó a Jesús? Sobre todo los “seguidores de la ley” públicos, los fariseos, y los ¡“jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo”! – aquellos que sólo eran lo suficientemente buenos como para pensar que eran suficientemente buenos. ¿Quién lo aceptó? Los “cobradores de impuestos y las prostitutas” que sabían que necesitaban más.³³ Los que rechacen la “vida en abundancia” serán abandonados a la vida muerta del estancamiento.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Nunca te desanimes de apremiar a la gente a que busquen el “más”.

³⁰ San Mateo 19:16-26

³¹ Efesios 6:12

³² Génesis 13:13, 19:1-25

³³ San Mateo 21:23-32

El Salmo Responsorial nos ofrece una garantía que debemos considerar cuando nos parezca que la Iglesia es irremediabilmente corrupta o poco efectiva: “*El Señor no rechaza a su pueblo*” (Salmos 94).

En **Isaías 10:5-16**, Dios declara que va a humillar a Asiria, a cuyas manos el Pueblo de Dios había sufrido derrota y opresión porque se negaban a vivir como Dios les había enseñado. Dios aceptó que Israel debía recibir de Asiria lo que se merecía, ya que esto podría llamarla a una conversión, pero Dios vio que Asiria no buscaba la conversión de Israel. Asiria “no piensa más que en destruir y en barrer una nación tras otra...”

Más aún, Asiria no reconoció que Dios era quien estaba a cargo. “Yo he obrado con la fuerza de mi mano, y con mi sabiduría, porque soy inteligente”. Por lo tanto, “cuando el Señor termine de realizar... [lo que había decretado], castigará al rey de Asiria por este fruto de su corazón arrogante y por la orgullosa altivez de su mirada”.

Por momentos pareciera que Dios está permitiendo que el mal triunfe sobre su Iglesia. Usualmente, con excepción de las persecuciones más flagrantes, la Iglesia causa su propia humillación al no ser fiel a los principios del Evangelio o a su misión, especialmente a los pobres. Y algunas veces es porque los mismos ministros de la Iglesia – obispos, sacerdotes y laicos – han actuado como si tuvieran todo el conocimiento y prudencia que se necesitan para vivir de acuerdo a sus responsabilidades como pastores, maestros, padres y trabajadores de todo tipo. Todos los cristianos estamos llamados a ejercer el ministerio en una variedad de formas. Pero todos los cristianos necesitan ejercerlo dependiendo humilde y conscientemente de Dios, y con la colaboración de los demás. Si no, “*El Señor [que] no rechaza a su pueblo*”, pero ¡parecerá que si lo hace!

San Mateo 11:25-27 nos recuerda que estamos llamados a hacer lo que es divino y sólo podemos hacerlo a través de una unión con Jesús. Sólo Jesús, Dios Hijo, puede conocer realmente a Dios como “Padre”. Y la única manera que puede “revelarlo” a las criaturas, es haciéndonos partícipes de su propia vida divina y de su conocimiento. Conocemos a Dios como Padre porque somos *fili in Filio*, hijos e hijas en el Hijo único. Ya que estamos *en Cristo*, podemos llamar a Dios “Abba” tal como él lo hace.³⁴ Y *en Cristo* estamos llamados a dar el *fruto* de la vida divina, “vida en abundancia”. Pero no podremos hacer cosas con valor divino a menos de que Jesús las haga con nosotros, en nosotros y a través de nosotros.

Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer.³⁵

Una unión humilde de corazón con Jesucristo es absolutamente esencial para ejercer el ministerio de la “vida en abundancia”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Mantente consciente que Cristo actúa en ti y a través de ti.

³⁴ Gálatas 4:6

³⁵ San Juan 15:5

El Salmo Responsorial nos dice que nunca estamos solos y sin ayuda en nuestras luchas: “*El Señor desde el cielo se ha fijado en la tierra*” (Salmos 102).

Isaías 26:7-19 reconoce que nosotros solos nada podemos hacer:

porque eres tú el que realiza por nosotros todo lo que nosotros hacemos... No hemos traído la salvación a la tierra, no le nacieron habitantes al mundo.

Pero lo que Dios hace está infinitamente más allá de todo lo que nosotros podemos lograr como seres humanos:

Señor, tú nos aseguras la paz... Pero tus muertos revivirán, se levantarán sus cadáveres. ¡Despierten y griten de alegría los que yacen en el polvo!

Jesús vino para que “para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia”. Ésta es la plenitud de vida tanto humana como divina, y sólo Jesús puede darla. Pero él la da a través de los miembros de su cuerpo en la tierra que ejercen el ministerio “con él, por él y en él”. Para ser fieles a nuestra consagración bautismal como “sacerdotes en el Sacerdote” necesitamos llamar a la gente, no a un estilo de vida humano que sea bueno y decente, sino a vivir en unión mística constante y consiente con Jesucristo. Esto es vivir el *misterio de la gracia*, el “favor de ser partícipes de la vida divina de Dios”. Cuando sentimos ganas de clamar, “Mi alma te desea por la noche”, debemos recordar no sólo que “*El Señor desde el cielo se ha fijado en la tierra*”, sino que él está presente, vivo y activo *en nosotros*. Ésta es la “vida en abundancia”.

Jesús nunca nos prometió quitarnos los sufrimientos y la pruebas de la vida. Es por esto que el mundo lo rechazó como Salvador. Pero en **San Mateo 11:28-30** promete que la vida en unión con él – aún cargando la cruz con él – es más fácil y más pacífica que la vida separados de él. Sin importar lo que el mundo ponga en nuestros hombros, si nos acercamos a Jesús, él hará que sea más fácil de cargar: encontraremos “alivio”. Y a pesar de lo radical y desafiante de esta enseñanza, lo que Jesús mismo pide de nosotros es, de hecho, “suave” y “liviano” comparado con una vida que no está guiada por sus principios.

La gente hallará que esto es más fácil de creer si nosotros, como sus ministros, tenemos el cuidado de siempre ser “pacientes y humildes de corazón”; “pacífica... conciliadora; está llena de misericordia” – “como una madre que alimenta y cuida a sus hijos”.³⁶

Esto requiere que nosotros seamos “humildes de corazón”. El ministerio cristiano busca, y está basado en las palabras de San Pedro: “vivan todos unidos, compartan las preocupaciones de los demás, ámense como hermanos, sean misericordiosos y humildes”.

“Que cada uno se revista de sentimientos de humildad para con los demás, porque Dios se opone a los orgullosos y da su ayuda a los humildes”.³⁷

Éste es un ministerio que manifiesta el Jesús que da “vida en abundancia”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Sé paciente y humilde; trata a todos con bondad.

³⁶ Santiago 3:17-18; 1 Tesalonicenses 2:7

³⁷ 1 San Pedro 3:8, 5:5

El Verso Responsorial nos recuerda que Dios es el Señor de la muerte y de la vida: “*Señor, detuviste mi alma ante la tumba vacía*” (Isaías 38).

En **Isaías 38:1-22** Dios otorga a Ezequías la “postergación de su sentencia”. Ezequías iba a morir, pero Dios retrazó su muerte por quince años. Y como señal de que lo iba a hacer, retrazó la puesta del sol unas cuantas horas. No canceló ni la muerte, ni la noche; simplemente las retrazó. Y en su lamento, Ezequías llora la verdad de que toda vida tiene un final: “Arrancan mi morada y me la arrebatan, como una carpa de pastores. Como un tejedor, yo enrollaba mi vida, pero él me corta de la trama”. Si Ezequías hubiera dicho: “*Señor, detuviste mi alma ante la tumba vacía*”, hubiera tenido que agregar, “Al menos temporalmente”.

Jesús cambió todo esto. Él dijo: “el que vive y cree en mí, no morirá jamás” y “Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente”.³⁸ En las Misas de difuntos, la Iglesia proclama: “la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma... [Jesús] aceptó la muerte, uno por todos, para librarnos del morir eterno”³⁹. Cuando decimos: “*Señor, detuviste mi alma ante la tumba vacía*”, es verdaderamente lo que queremos decir. Jesús no solamente retrazó la noche; abolió la obscuridad para siempre. En la “nueva Jerusalén”,

Tampoco existirá la noche, ni les hará falta la luz de las lámparas ni la luz del sol... la Ciudad no necesita la luz del sol ni de la luna, ya que la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero.⁴⁰

Jesús vino para que tengamos “Vida y la tengan en abundancia” – ¡ahora y por siempre!⁴¹.

En **San Mateo 12:1-8** Jesús revela que él no es solamente otro profeta que llama a la gente a que observe la Ley. Él es “el Señor del Sábado” y Señor de la Ley misma. Él vino a establecer una Nueva Alianza y una Nueva Ley – una ley que sería no sólo las “instrucciones del fabricante” para obtener el máximo de la vida humana, sino una ley para vivir la “vida en abundancia”, la vida divina, la vida al nivel de Dios.

Es por esta razón que los cristianos nunca deben caer en el “ministerio de la moralización”, insistiendo solamente en una buena conducta que evita el pecado. Un ministerio cristiano que no mantiene constantemente la visión la “vida en abundancia”, se revierte rápidamente al legalismo detallista de los fariseos que no podían ver más allá de sus narices, ni entender el amor más allá de la ley. El ministerio cristiano es amor que llama al amor, vida divina que nos llama a ser divinos, Cristo que nos llama a *ser Cristo*.⁴² Cuando decimos: “*detuviste mi alma*”, queremos decir: “transformaste”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Sé Cristo y llama a los demás a que lo sean.

³⁸ San Juan 11:26; 6:51

³⁹ Prefacio de Difuntos I y II

⁴⁰ Apocalipsis 22:5; 21:23

⁴¹ San Juan 10:10

⁴² Ve San Agustín, citado en el domingo XII

En el Salmo Responsorial oramos por lo que sabemos que ya es un hecho: “*No te olvides de los humildes, Señor*” (Salmos 10).

Al iniciar la lectura de **Miqueas 2:1-5**, vemos que, como respuesta a “los que proyectan iniquidades” e injusticia contra los demás, Dios también está “proyectando” contra ellos. El Salmo Responsorial pide: “¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?”. Pero Dios no se queda lejos ni inactivo mientras que el “impío oprime al infeliz... [y] dice con insolencia: ‘No hay Dios que me pida cuentas’”. Cuando nosotros oramos: “*No te olvides de los humildes, Señor*”, Dios ya nos está diciendo: “Yo proyecto contra esta gente una desgracia tal que ustedes no podrán apartar el cuello”. El Salmo continúa: “Pero tú lo estás viendo: tú consideras los trabajos y el dolor, para tomarlos en tus propias manos. El débil se encomienda a ti; tú eres el protector del huérfano”.

Esto nos da una guía y enfoque para el ministerio cristiano – que han sido dramáticamente ejemplificados en nuestros tiempos por la famosa “opción por los pobres” que tomó la jerarquía latinoamericana en las juntas en Medellín y Puebla en 1968 y 1979. Esta decisión causó en Latinoamérica una tormenta de violencia apoyada por los Estados Unidos contra el clero, las monjas y los ministros laicos de parte de “los que proyectan iniquidades y traman el mal” en los altos puestos de los negocios y los gobiernos⁴³. Pero la Iglesia no tiene alternativa; ella también escucha el lamento: “*No te olvides de los humildes*”.

En **San Mateo 12:14-21** son los fariseos quienes “proyectan iniquidades”: “se confabularon para buscar la forma de acabar con él [Jesús]”.

El “partido de los fariseos” está vivo y presente en la Iglesia de hoy, y siempre lo ha estado, comenzando por los “proponentes del judaísmo” en el tiempo de San Pablo. La gente que encuentra poder y seguridad en una religión enfocada a la observancia de la ley, está denunciando constantemente a los ministros cristianos que tratan de compensar el legalismo mortal de aquellos que “atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras que ellos no quieren moverlas ni siquiera con el dedo”. Aquellos, cuya principal preocupación es hacer que para los heridos y los débiles de fe - la “caña doblada” y la “mecha humeante” - el “yugo” de Cristo sea suave y su “carga liviana” serán “llevados ante gobernadores y reyes” – y autoridades de la Iglesia – a que respondan a cargos intercambiables de herejía y liberalismo!⁴⁴. Pero el verdadero espíritu de la Iglesia se continúa expresando en su oración: “*No te olvides de los humildes, Señor*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Escucha el llanto de los pobres y aliméntalos.

⁴³ Para ver los detalles de la violencia en latinoamérica apoyada por los Estados Unidos, ve Jack Nelson-Pallmeyer, *School of Assassins*, Orbis Books, 1997, y Robert Ellsberg, *All Saints*, Crissroad, 1997: “November 16”, “December 12”, y “December 11”.

⁴⁴ San Mateo 23:4; 10:18

Domingo XVI de Tiempo Ordinario (Año A)

Que Dios viva a través de ti

INVENTARIO

¿Me enojo en ocasiones porque la gente se rehúsa a aceptar mi ayuda o el ministerio que les ofrezco? ¿Hacen la apatía y la resistencia que veo en la gente que me incline por la violencia, ya sea de palabra o de obra? ¿En qué forma uso el poder que tengo?

ALIMENTACIÓN

La liturgia de hoy enfoca nuestra atención en la moderación de Dios. Dios no usa su poder contra los lentos y los pecadores precisamente porque tiene todo el poder – y la sabiduría y amor infinitos que hacen que él (y sólo él) sea capaz de usarlo correctamente.

La Antífona de Entrada establece nuestra relación con Dios basada en su bondad hacia nosotros: “Señor Dios, tú eres mi auxilio y el único apoyo de mi vida... te daré gracias, Señor, porque eres bueno”. El Salmo Responsorial destaca el perdón, sin el cual Dios no podría ser bueno con nuestra raza pecadora: “*Tú, Señor, eres bueno y clemente*” (Salmos 86). Y la Oración Colecta (junto con la Alternativa) reconoce que tan lejos estamos del nivel de Dios pidiéndole que nos haga crecer; le pedimos que nos conceda sus dones; que el don de la vida continúe creciendo en nosotros, alejándonos de la muerte y dirigiéndonos a la fe, la esperanza y el amor [las obras de la vida de Dios en nosotros]. Específicamente, le pedimos a Dios que nos conceda mantenernos en oración y fieles a tus enseñanzas hasta que seamos como él y su “gloria se manifieste en nosotros”. Con esperanza nos vemos junto a Dios a la luz del contraste.

Domingo XVI de Tiempo Ordinario (Continuación)

El Poder de Dios

Sabiduría 12:13-19 nos da una visión retrospectiva de Dios: “*Porque tu fuerza es el principio de tu justicia, y tu dominio sobre todas las cosas te hace indulgente con todos*”. Dios tiene tanto poder que se abstiene de usarlo. La justicia de Dios, tan diferente de la nuestra, se caracteriza por su paciencia y mansedumbre precisamente porque él tiene un poder ilimitado y un “dominio sobre todas las cosas”. Nosotros, que no tenemos ese poder, actuamos precipitadamente y caemos rápidamente en la violencia precisamente porque nuestro poder es tan limitado que nos sentimos inseguros. Cuando nos sentimos amenazados, atacamos – usualmente antes de que tengamos que hacerlo.

Dios no es así. El Salmo Responsorial se refiere a Dios como “*bueno y clemente... todo amor con quien tu nombre invoca... compasivo... lento a la cólera*”. Es obvio que nosotros tenemos algo que aprender de esto. Y Jesús insiste en ello (ve la parábola del servidor despiadado: San Mateo 18:21-35).

Nuestras Debilidades

Romanos 8:26-27 da por sentadas nuestras debilidades. Podemos suponer que siempre que usemos poder los resultados ¡serán desastrosos! El motivo, es que tenemos tan poco *conocimiento* de todos los hechos de una situación dada; tan poco *entendimiento* de las cuestiones del caso y de la mente y del corazón de la gente con la que tratamos, de sus antecedentes, de sus heridas y verdaderas intenciones; y tan poca *sabiduría* que nos ayude a apreciar todos los valores involucrados y ver todo en perspectiva, que debemos dudar de nuestra habilidad para juzgar prudentemente ¡cualquier situación! Y si nuestra respuesta involucra el uso del poder, podemos causar daño. San Pablo dice que nosotros “no sabemos orar como es debido”. ¡Ni siquiera sabemos qué es lo que debemos de pedir!

Esto nos puede paralizar. Pero, nos guste o no, tenemos que tomar decisiones – en ocasiones que conllevan autoridad (que es poder) y afectar las vidas de los demás, Así que ¿qué debemos de hacer?

Lo primero es usar tan poco poder como sea posible y jamás usar la violencia. Pero cuando tenemos que tomar decisiones que pueden causar daño, si somos humildes e imploramos a Dios, el “Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad” y “su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina”. Cuando San Pablo dice: “el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu”, puede referirse a Dios, o a aquellos que tratan de discernir los movimientos del Espíritu en sus corazones. Los cristianos que están consientes de su debilidad no confían solamente en la razón; tratan de seguir la guía de Dios. Y ésta, la recibimos en los “dones del Espíritu Santo”: *Ciencia, Entendimiento, Sabiduría y Consejo*. Tomar decisiones y actuar sin al menos, tratar de usar estos dones, es actuar con torpeza. Y la torpeza combinada con el poder es algo peligroso. Es por esto que en la Oración Colecta oramos: “multiplica en nosotros los *dones* de tu gracia para que, llenos de tu *fe, esperanza y caridad*, permanezcamos siempre fieles”.

La paciencia del Poder

Esto nos revela la paciencia y el autodomínio del sembrador que Jesús describe en **San Mateo 13:24-43**. Ya que el sembrador representa a Jesús mismo, él sabe que habrá una cosecha; la mala semilla en el campo no puede evitarlo. Y por esto, él no tiene que arriesgarse a perder una buena semilla al arrancar la mala. Básicamente, Jesús nos está diciendo que nadie puede destruir una semilla que él ha plantado, a menos que la semilla quiera ser destruida.

Jesús muestra la misma paciencia en las parábolas de la semilla de mostaza y la levadura. La vida de Dios está en la Iglesia. Está creciendo. Y crecerá hasta que “los pájaros del cielo [vayan] a cobijarse en sus ramas”. La vida de Dios es *activa*, como la levadura. *Trabaja* con poder divino. Y continuará transformando la vida humana en la tierra hasta que “fermente toda la masa”. No hay razón para caer en el pánico o para forzar, proteger o promover algo usando el poder y la fuerza. Deja que Dios trabaje a través de nuestro ministerio con el poder de su paciencia y amor.

ILUMINACIÓN

¿Veo una conexión entre la humildad y la paciencia? ¿la humildad y el amor?

INICIATIVA

Cuando el miedo o la impaciencia te incline a forzar las cosas o a usar el poder, rinde todo el poder a Dios y pide la guía del Espíritu Santo. Da vida amando.

El Salmo Responsorial nos da la clave para vivir la experiencia de Dios: “*Al que sigue el buen camino le haré ver la salvación de Dios*” (Salmos 50).

Miqueas 6:1-8 presenta a Dios defendiéndose de quienes se sienten traicionados por él – tal como nos sentimos nosotros en ciertas ocasiones cuando hemos estado yendo a la Iglesia, orando y haciendo lo que la religión prescribe y aún así Dios permite que nos pase algo terrible. Nos enojamos con Dios. Si nosotros hicimos nuestra parte, ¿por qué Dios no hizo la suya? Algunos hasta rompen su relación con Dios por esta causa. Si acaso nos sentimos tentados a condenar a quienes así lo han hecho, ¡qué sea quien nunca haya sufrido una pérdida trágica o un dolor quien tire la primera piedra!

La respuesta definitiva a todo esto nos la da Jesús, quien salvó al mundo muriendo en la cruz y nos presentó el principio a seguir desde un comienzo: “El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”. Jesús no prometió salvarnos del sufrimiento. Cuando, en contra de las esperanzas y expectativas de todos, él anunció que ésta no era la misión del Mesías, Pedro, a nombre de todos nosotros, objetó categóricamente, y Jesús le respondió también categóricamente (ve San Mateo 16:21-27). Por esta razón fue (y sigue siendo) rechazado y crucificado.

Miqueas no nos lleva tan lejos. Él solamente dice que no podemos experimentar el fruto de la religión a menos que nuestra religión sea también una *espiritualidad* profunda; esto es, una interacción de mente y corazón con la mente y corazón de Dios. Si solamente “hacemos lo que nos dicen” nuestra religión carecerá de espiritualidad. Miqueas resume la respuesta auténtica a Dios en lo siguiente: lo que Dios pide de nosotros es “practicar la justicia, amar la fidelidad y caminar humildemente con tu Dios”. Éste es el camino para vivir a Dios: “*Al que sigue el buen camino le haré ver la salvación de Dios*”.

En **San Mateo 12:38-42** los “escribas y fariseos”, cuya preocupación eran los preceptos de la ley, piden a Jesús que les hiciera un milagro como “signo”. Hoy en día, nosotros encontramos este mismo fenómeno en mucha gente cuya religión se limita a la ortodoxia doctrinal y a la observancia de las leyes: tienden a fijarse en las últimas visiones y revelaciones privadas y en las “señales del cielo” para alimentar su devoción en lugar de profundizar en los misterio de la fe. Jesús dice que la señal que él nos dará es la presencia visible de su vida en los miembros de su cuerpo en la tierra. Ellos son la “señal de Jonás” que es prueba visible de la resurrección de Cristo. Manifestar a Jesús en el ministerio es vivir en un nivel tan divino que nuestra conducta no puede explicarse sin tomar en cuenta la vida divina de Cristo en nosotros. Por medio del “*que sigue el buen camino*” en este nivel, Dios mostrará el misterio de “*la salvación de Dios*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote: Haz que Cristo vivo se manifieste en ti al expresar su amor.

Semana XVI de Tiempo Ordinario (Año II) MARTES

El Salmo Responsorial expresa ¡lo que esperamos de Dios! “*Muéstranos, Señor, tu misericordia*” (Salmos 85).

Miqueas 7:14-20 nos ofrece algunas de las características del ministerio que esperamos de Dios, nuestro pastor.

Primero le pedimos: “Apacienta con tu cayado a tu pueblo”. Pedimos a Dios que nos *dirija y nos guie*. Queremos dirección, y la queremos de Dios.

Después le pedimos que nos *alimente*: “Que sean apacentados... como en los tiempos antiguos”. Recordamos que las cosas salen bien cuando escuchamos la palabra de Dios y su espíritu nos ilumina.

Le pedimos que nos permita ver y *experimentar su poder*, fuente de salvación y ayuda a sus ovejas: “*muéstranos tus maravillas*”. Dios no sólo nos muestra el camino; nos habilita para que lo podamos seguir.

Le pedimos que nos “quite la culpa” – no sólo que nos “perdone” los pecados, sino que le decimos: “tú arrojarás en lo más profundo del mar todos nuestros pecados”. Por su muerte Jesús “el Cordero de Dios”, nos purifica, *quita* nuestros pecados, limpia verdaderamente nuestros corazones, nuestros seres y nuestras almas.

Finalmente, confiamos que Dios será el Dios del *amor eterno y de la fidelidad*: “Manifestarás tu lealtad a Jacob y tu fidelidad a Abraham”. Ésta es una “definición virtual de Dios” en las Escrituras (ve el lunes de la semana 14 en las páginas anteriores). Nos encausa para que oremos siempre con confianza: “*Muéstranos, Señor, tu misericordia*”.

En **San Mateo 12:46-50** Jesús nos identifica con él – como hijos e hijas de su propio Padre. “todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”. Esto significa que también nos identifica con él, el Buen Pastor, como sus ministros:

“El que los escucha a ustedes, me escucha a mí... Ustedes son la luz del mundo... ¿Me amas?... Apacienta mis ovejas (San Lucas 10:16; San Mateo 5:14; San Juan 21:17).

Así que, entre nosotros mismos, debemos de *dirigirnos y guiarnos* como pastores, *alimentarnos* y confiar en que Dios hará *maravillas* a través de nosotros. Y debemos mostrar que, para nosotros, Dios ha *quitado* los pecados de quienes se arrepienten; ya no existen, ni siquiera como parte de sus “expedientes”. Sobre todo, debemos de tomar como modelo el *amor eterno y la fidelidad* de Dios.

Puede ser que nos sorprenda que Jesús incluyó la palabra “madre” cuando dijo: “todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”. Pero esto significa que debemos de ser para él, en su cuerpo en la tierra, ¡todo lo que nosotros esperamos y confiamos que María, su madre y la nuestra, será para nosotros! ¡Esto nos da otro modelo para el ministerio! “*Señor, que todos vean y vivan tu misericordia a través de nosotros*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Deja que Jesús sea el pastor de sus ovejas y muestra su bondad contigo, en ti y a través de ti.

Semana XVI de Tiempo Ordinario (Año II) MIÉRCOLES

El Salmo Responsorial nos alerta que debemos de buscar esperanza en Jeremías, de cuyo libro leeremos durante las próximas dos semanas: “*Mi boca contará tu salvación, Señor*” (Salmos 71).

Al principio, **Jeremías 1:1-10** llama a Jeremías mismo a tener confianza como ministro de Dios: “No temas... porque yo estoy contigo... Yo pongo mis palabras en tu boca”. Pero este llamado a tener confianza también está dirigido a nosotros. Dios mandó a Jeremías, no sólo “para arrancar y derribar,” sino sobre todo “para edificar y plantar”. El ministerio de Dios es siempre un ministerio de promesas, un ministerio que da una esperanza basada en la confianza, no en lo que podemos hacer, sino en lo que Dios intenta hacer.

Típicamente, el papel de los profetas era identificar la *causa* de cierta mengua de la vida y felicidad que la gente se había causado a sí misma (y la causa era siempre la falta de fe y el no seguir la palabra de Dios) y también, en su conocimiento inspirado por Dios de su *amor eterno y fidelidad*, dar *esperanza* con la promesa de la liberación. En las Escrituras, “Arrepentimiento” es una palabra que representa alegría porque el llamado al arrepentimiento siempre va acompañado de la *promesa* del don de un nivel nuevo de riqueza de vida que sólo Dios puede dar. Esto es lo que todo ministro cristiano debe tener en mente cuando llama a la gente al cambio.

Arrojen lejos de ustedes todas las rebeldías que han cometido... pondré en ustedes un espíritu nuevo: les arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne (Ezequiel 18:31; 36:26).

En **San Mateo 13:1-9** Jesús dice que sus palabras son como semillas que se siembran para dar vida “unas cien, otras sesenta, otras treinta”. El poder de Dios está en su palabra. Jesús dijo: “Las palabras que les dije son Espíritu y Vida”. Y los primeros cristianos se referían a esta enseñanza como “la Palabra de Vida” (San Juan 6:63; Filipenses 2:16; 1San Juan 1:11).

Pero Dios no nos salva unilateralmente. Tenemos que cooperar. La supervivencia y fecundidad de la semilla – aún de la palabra de Dios – depende del tipo de tierra que la recibe. Esto, lo tenemos que tener en cuenta como ministros; no sólo para evitar decepcionarnos de nosotros mismos, sino también para recordarnos que debemos enseñar a la gente a preparar sus corazones para escuchar la voz de Dios que les llama, y a hacer que sus palabras den fruto en sus vidas. Las actitudes y valores que el “camino trillado” de la cultura nos ha implantado, frecuentemente, y sin darnos cuenta, pueden hacer que seamos insensibles a la palabra de Jesús. Escuchar sólo superficialmente, sin pensamiento profundo, puede evitar que echen raíz. El apego a las gratificaciones, pasaderas pero presentes, de este mundo puede ahogar nuestra respuesta inicial. Como trabajadores del viñedo de Cristo tenemos que arar, regar y segar así como sembrar semilla.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Sin desalentarte sigue diciendo: “*Mi boca contará tu salvación, Señor*”.

Semana XVI de Tiempo Ordinario (Año II) JUEVES

El Salmo Responsorial nos impulsa a que sigamos recordando que todo nuestro bien viene de Dios: “*En ti, Señor, está la fuente viva*” (salmos 36).

En **Jeremías 2:1-13** Dios se refiere a Israel como su novia: “Recuerdo muy bien la fidelidad de tu juventud, el amor de tus desposorios, cuando me seguías por el desierto”. En esos días, “Israel era algo sagrado para el Señor”, y “les sobrevénia una desgracia” a todos los que la tocaran.

Pero luego, Dios dice: “¿Qué injusticia encontraron en mí sus padres para que... fueran detrás de ídolos vanos, volviéndose así vanos ellos mismos?”. Reprocha particularmente a los ungidos como *ministros* (como lo fuimos nosotros por medio del Bautismo) como “profetas, sacerdotes y reyes”.

Los sacerdotes no preguntaron: ‘¿Dónde está el Señor?’, los depositarios de la Ley no me conocieron, los pastores se rebelaron contra mí, los profetas... fueron detrás de los que no sirven de nada.

El error que cometieron fue doble: En primer lugar, descuidaron las enseñanzas de Dios: “me abandonaron a mí, la fuente de agua viva”. Y luego escucharon a los falsos maestros: “para cavarse cisternas, cisternas agrietadas, que no retienen el agua”.

Vemos que lo mismo ocurre en nuestros días: la gente no escucha durante la Misa; no leen ni oran con las Escrituras ni participan en los retiros ni en la educación religiosa para adultos. Y luego “no encuentran significado” en la religión con la que crecieron, se cambian a otras iglesias, movimientos o gurús populares, o aún a tradiciones que ni son cristianas. Podríamos culparnos por no ejercer el ministerio de Dios entre nosotros como debe de ser. Pero finalmente se trata sólo de fe en la palabra de Dios: “*En ti, Señor, está la fuente viva*”. O bien, creemos y buscamos la vida en la Iglesia que Jesús nos dio, o cavamos cisternas para nosotros mismos, “cisternas agrietadas, que no retienen el agua”.

En **San Mateo 13:10-17** Jesús aplica a la religión en principio de que “si no lo usas lo desperdicias”.

Porque a quien tiene, se le dará más todavía y tendrá en abundancia, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene.

Todos “tenemos” la gracia y los dones de Dios. Sin embargo, si no los reconocemos, y en su lugar actuamos como si no los tuviéramos, perderemos la poca fe, esperanza y amor que teníamos en lugar de crecer hasta alcanzar la plenitud de la vida. Jesús dijo: “yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia”. Su religión no es para aquellos que sólo quieren el mínimo. A los ministros que son “tibios”, “ni fríos, ni calientes”, Jesús dice: “te vomitaré de mi boca” (San Juan 10:10; Apocalipsis 3:14-22). Quien tenga su mira puesta en la mediocridad no puede escuchar la palabra de Dios ni comunicarla a los demás, porque la palabra de Dios no la pueden entender aquellos cuyo corazón es lento (Salmos 119:32).

Iniciativa: Sé un sacerdote. Levanta tu corazón y el de los demás “al Señor”.

El Verso del Salmo Responsorial promete que Dios seguirá buscando a la oveja perdida: “*El Señor nos cuidará como un pastor a su rebaño*” (Jeremías 31:10-13 y San Lucas 15:4).

Jeremías 3:14-17 describe cuando Dios cuando restaura la felicidad a unos cuantos miembros de su pueblo – “uno de una ciudad y a dos de una familia” – que regresaron a él. Como elemento clave de su renovación, Dios les dará *ministros*, “pastores según mi corazón, que los apacentarán con ciencia y prudencia”.

La palabra “pastores” nos hace pensar en ministros ordenados, sacerdotes y diáconos, o monjas y “laicos profesionales” que son el núcleo trabajador del ministerio pastoral en las instituciones de la iglesia. Pero éste es un enfoque muy estrecho. Todos nosotros fuimos consagrados al ministros cuando fuimos ungidos en el Bautismo para ser “sacerdotes, profetas y reyes”. El sacerdocio judío fue abolido. Ahora sólo hay un Sacerdote, Jesús, y todos lo que están “en Cristo” por medio del Bautismo son “sacerdotes en el Sacerdote. Si bien el sacramento de las Santas Órdenes si hace una cierta diferencia, ésta diferencia es sólo dentro del sacerdocio único de Jesús (ve Hebreos 6-10; 1 San Pedro 2:9; y Santo Tomás de Aquino acerca de Hebreos 8:4: “Y por eso sólo Cristo es el verdadero sacerdote; los demás son ministros suyos” en *El Catecismo de la Iglesia Católica*, 1994, no. 1545). Jesús reemplazó el vaticinio con su presencia. Los sacerdotes judíos fueron un vaticinio del sacerdocio de Jesús. El Arca de la Alianza – de la que Jeremías dice: “ya no... se la recordará, ni se la echará de menos, ni se la volverá a fabricar” – y el Templo que la reemplazó, eran vaticinios de la presencia de Dios en su nuevo Templo, el Cuerpo de Cristo resucitado y real en sus miembros en la tierra (San Juan 2:18-22; 4:19-24). Y cuando Dios promete, en el capítulo que usamos para el Salmo Responsorial: “pondré mi Ley *dentro* de ellos, y la escribiré en sus *corazones*”, está diciendo que el ministerio de Dios está dirigido al interior, al corazón.

El Padre John McKenzie explica Jeremías 31:33-34 de la siguiente manera: “Los líderes carismáticos como lo profetas y los sacerdotes, que instruyen a la gente en las obligaciones de la ley de Yahvé, no necesariamente formarán parte de la nueva alianza. Yahvé enseñará en forma individual a cada israelita tal como lo hizo con los profetas y los sacerdotes”. (*Dictionary of the Bible*, en “covenant”).

Los ministros aún son necesarios, pero ahora todos son ministros, unos de otros. Jesús habla en ellos y a través de ellos. Y su Espíritu habla a los propios corazones de los oyentes (San Mateo 10:20; 12:32; Los Hechos 10:44-48; Gálatas 3:20). En el cuerpo de Cristo “*El Señor nos cuidará como un pastor a su rebaño*”.

(Tratamos el tema en **San Mateo 13:18-23** en la reflexión del miércoles).

Iniciativa: Sé un sacerdote. Encarna a Cristo frente al cuerpo de Cristo. Expresa su vida.

El Salmo Responsorial afirma una verdad que todos debemos experimentar: “*¿Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!*” (Salmos 84). Las lecturas nos dicen que somos en parte responsables por crear y mantener la casa de Dios como algo que atrae a los demás.

Jeremías 7:1-11 nos advierte que no debemos de asumir que nosotros o que los demás encontrarán a Dios en la Iglesia sólo porque él está ahí. Ya sea que estemos hablando del edificio de la iglesia o de la Iglesia que en él se reúne para adorar a Dios, la *experiencia* que tenemos de la presencia de Dios en la Iglesia dependerá de la *expresión* que demos de su presencia en nuestros corazones. Necesitamos revelar por medio de palabras y acciones la vida divina de Dios que está en nosotros.

Si ustedes enmiendan realmente su conducta y sus acciones, si de veras se hacen justicia unos a otros... entonces yo haré que ustedes habiten en este lugar”.

Si no se nos puede reconocer como “templos del Espíritu Santo” por nuestras palabras y acciones, Dios dirá sobre “el templo hecho por la mano del hombre”: “¿Acaso no está escrito: Mi Casa será llamada Casa de oración para todas las naciones? Pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones” (San Marcos 11:15-17; 14:58).

Algunos que ya no se reúnen con la comunidad en las asambleas de los domingos se quejan de que la Iglesia tiene un “complejo de edificio” – dicen que se les pide estar dentro del edificio, en lugar de adorar a Dios en otro lugar que les resulte más agradable. La respuesta es que “deben hacer ambas cosas y aún más”: necesitamos adorar a Dios siempre y en todo lugar, cuando estamos solos y cuando estamos con los demás, orar en privado y en la celebración comunal, pero siempre “en espíritu y en verdad” (San Juan 4:19-26).

El problema con lo servicios de adoración comunitarios es que no todos los que están presentes están dispuestos a salir de sí mismos lo suficiente como para hacer una verdadera adoración comunal. La gente viene a la Iglesia en sus propios términos, a tener una participación completa, parcial o prácticamente nula. No todos cantan. No todos responden como si realmente sintieran las respuestas. Algunos ni siquiera escuchan atentamente lo que se está proclamando. No todos están presentes para servir como *ministros* a los demás. Los que no están realmente presente a lo que está pasando obscurecen la presencia de Dios.

En **San Mateo 13:24-30** Jesús enseña que Dios no tiene la culpa por no estar siempre visible en la Iglesia. “mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo”. Si nos adormecemos en la complacencia, nos convertiremos, junto con los demás, en lo contrario de testigos de Cristo. En lugar de una comunidad viva de la fe seremos como muertos y como un freno para los demás.

Una solución es tener siempre la intención de ser ministros entre nosotros mismos. Para dar, tenemos que estar conscientes de lo que tenemos. Si estamos conscientes, haremos que los demás lo estén. Así veremos y diremos junto con los demás: “*¿Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!*” .

Iniciativa: Sé un sacerdote. Sé consciente de la vida de Dios en ti y exprésala.

Domingo XVII de Tiempo Ordinario (Año A)

Busca, Ve y Muestra la Faz de Dios

INVENTARIO

Si Dios te ofreciera concederte un deseo, ¿qué pedirías? Toma un minuto para pensar. Escoge. ¿Ya lo hiciste? Ahora, pregúntate si lo que escogiste es por lo que sientes (o muestras) más deseo en tu vida.

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada promete al pueblo de Dios “casa... fuerza y... poder”. Nos invita a preguntarnos con qué tipo de poder nos sentiríamos más en casa; para qué cosas querríamos la fuerza. En la Oración Colecta respondemos pidiendo *sabiduría*: para ver y apreciar los dones que nos rodean – la creación, la vida, todo lo que Dios toca – y para “usar con sabiduría los bienes” que Dios ha dado al mundo. El Salmo Responsorial celebra el don de guía de la ley de Dios: “*Yo amo, Señor, tus mandamientos*” (Salmos 119).

El Don de la Sabiduría

En **1Reyes 3:5-12** Salomón escoge el don que le dará todo lo demás de valor. Escoge la *sabiduría*, que Santo Tomás de Aquino define como “el hábito de ver y apreciar todas las cosas a la luz de nuestro objetivo final”. También define la sabiduría como el “gusto por las cosas espirituales” (del latín *sapientia*, que viene de la raíz *sapor*, “sabor” o “gusto”). Al final significan la misma cosa: si vemos todas las cosas a la luz de nuestro conocimiento y amor de Dios, de nuestro objetivo final y de nuestro destino en la vida, apreciaremos todo lo que nos lleve más cerca de Dios. Así, diremos de corazón: “*Yo amo, Señor, tus mandamientos*”.

“Busca el Fin”

Romanos 8:28-30 nos dice que el objetivo, el fin y el destino que debemos buscar para guiar nuestras vidas con sabiduría, es “ser Cristo” y tratar de llegar a ser una imagen perfecta de él en nuestras palabras y nuestras acciones – “a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo” (ve Efesios 4:11-16). El objetivo de la Nueva Alianza no es simplemente guardar la Ley; es ser y vivir como Cristo. El sello de la Nueva Alianza no es el símbolo de la sangre de sacrificios de animales, sino el Cuerpo y la Sangre de Cristo que comemos y bebemos como señal de que estamos tomando su propia vida divina en nuestros cuerpos para vivir como el verdadero cuerpo de Cristo en la tierra. Para los cristianos, la sabiduría es vivir como Cristo: “*Yo amo, Señor, tus mandamientos*”. El mandamiento de Jesús es “sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo” y “ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado” (San Mateo 5:48; San Juan 13:34).

Inversión Iluminada

En **San Mateo 13:44-52** Jesús nos dice que la verdadera sabiduría es apreciar tanto el objetivo de unión con Cristo que ¡sólo vivamos para eso! “El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría, *vende todo lo que posee* y compra el campo”.

La simple verdad es que Dios da Todo por todos. Sólo podremos saber el valor auténtico que tiene para nosotros una cosa basándonos en el precio que estamos dispuestos a pagar por ella. Si únicamente estamos dispuestos a dar poco para poseer a Dios completamente, es porque lo apreciamos muy poco. Como dijo Karl Rahner: “No sabemos que creemos en los dos pájaros que están en el árbol hasta que dejamos ir el que tenemos en la mano”. Cuando Dios prometió a Abraham la posteridad que él veía como la plenitud en la vida, le dijo que dejara todo lo que le daba seguridad y realización a su vida aquí y ahora: “Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré” (Génesis 12:1). Cuando dejó todo a cambio de esta promesa, Abraham supo que creía. Y cuando nosotros buscamos solamente “conocer, amar y servir a Dios” y volvemos más y más “*una imagen perfecta de él*” en todo lo que hacemos en todo momento, sabremos que tenemos el don de la *sabiduría*. Así podremos decir con convicción: “*Yo amo, Señor, tus mandamientos*” .

¿Te desanima esto? Jesús nos dice que éste es un juego que dura sesenta minutos. Tenemos tiempo para crecer. En el “fin del mundo” Dios separará a los sabios de los necios (ve San Mateo 24:44-25:13). En el fin de nuestras vidas Dios nos llamará a decir “Sí” con todo nuestro corazón al decir que sí a la aparente pérdida de todo lo demás al morir. Esto es literalmente “venderlo todo” por la perla de gran precio. Y es el acto que lleva al amor a la perfección.

Domingo XVII de Tiempo Ordinario (Continuación)

El propósito del ministerio cristiano es preparar a la gente para esto. El propósito *nunca* es mantener simplemente el *status quo* de la moralidad o de las observancias religiosas. Nuestro ministerio es un ministerio de *vida*, y vivir es cambiar. Vivir es crecer. Los sabios siempre están abiertos a lo nuevo y siempre quieren “más”. “Todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo”. Sólo pueden decir verdaderamente: “*Yo amo, Señor, tus mandamientos*”, quienes quieren “Comprender... cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad... conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios” (Efesios 3:18-19). La verdadera sabiduría es siempre buscar la “perfección del amor”. El verdadero ministerio guía a la gente a esto.

ILUMINACIÓN

¿Cómo puedes esforzarte conscientemente por la “perfección del amor” en tu vida? ¿Cómo puedes usar sabiamente las bendiciones que Dios te ha dado en este mundo para crecer y llegar al objetivo de ser la imagen perfecta de Cristo?

INICIATIVA

Pon la “levadura del cambio” en tu vida diaria: algo que te haga pensar; oraciones que te lleven a responder por medio de decisiones, un plan para tu crecimiento espiritual.

Semana XVII de Tiempo Ordinario (Año II) LUNES

El Verso Responsorial nos dice: “*Despreciaste a la Roca que te engredó*” (Deuteronomio 32:18-21).

Jeremías 13:1-11 nos dice que lo esencial para preservar nuestra integridad, la belleza de nuestra alma y nuestra utilidad en el ministerio es la cercanía a Dios: la unión de mente y voluntad, la coordinación de corazón y la acción con el corazón de Jesús.

Dios hizo que Jeremías comprara una faja de lino y que se la ajustara a la cintura por un tiempo. Luego le dijo que la enterrara bajo tierra por unos días. Cuando la desenterró estaba “estropeada, no servía para nada”. Luego el Señor le dijo: “así como la faja se adhiere a la cintura del hombre, así yo me había adherido a toda la casa de Israel y a toda la casa de Judá para que ellos fueran mi pueblo, mi renombre, mi honor y mi gloria. ¡Pero no han escuchado!”.

Para ser los instrumentos de Cristo en el ministerio mutuo a los demás y al mundo, el primer requisito es *santidad* – definida aquí como “unión con Jesucristo”, estar unidos a él en nuestro entendimiento, deseos y acciones. Esto está cimentado en el misterio de la gracia, el misterio de nuestra participación en la vida divina de Dios. No podemos ser ministros como parte del cuerpo de Cristo si nos hemos olvidado de Dios que nos hizo nacer como su cuerpo en el Bautismo:

“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer” (San Juan 15:5).

En términos prácticos, esto significa que nuestra preocupación primordial al volvernos ministros o al entrenar ministros debe ser *la formación espiritual*. Estamos listos para vivir una “vida espiritual” desde el momento en que nos damos cuenta que *hay algo* entre nosotros y Dios y decidimos involucrarnos en ello. La formación espiritual nos muestra cómo hacerlo.

San Mateo 13:31-35 continúa enseñándonos que el elemento operativo en el ministerio es la vida de Dios en nosotros. Una semilla de mostaza es “la más pequeña de las semillas”. Lo único que tiene es vida. Pero, si la dejamos que se desarrolle, esa vida la convertirá en un árbol en el que “los pájaros del cielo van a cobijarse”. Si la vida divina está creciendo en nosotros, formaremos *comunidades cristianas* en las que todos los que buscan vivir la vida de la gracia se sentirán en su casa y encontrarán una casa de refugio, alimentación, inspiración mutua y amor (ve Salmos 84:3; 104:17). Una “comunidad” es una “unidad común” de compromiso que se *expresa* en formas que todos entendemos.

Una comunidad cristiana nunca está cerrada, sino como “la levadura en el pan” trabaja para lograr cambios en la sociedad hasta que todo el mundo sea transformado. Los cristianos que no han *olvidado a la Roca que los engredó* actúan como “levadura” en la casa, escuela y trabajo. Llevan el ministerio como Cristo mismo a toda la gente del mundo hasta que toda la sociedad sea “fermentada”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Pide constantemente a Jesús que actúe contigo, en ti y a través de ti.

Semana XVII de Tiempo Ordinario (Año II) MARTES

El Salmo Responsorial enfoca nuestras esperanzas en lo que Dios es y no en lo que nosotros somos: “*Libranos, Señor, por el honor de tu nombre*” (Salmos 79).

En **Jeremías 14:17-22** vemos el verdadero papel de los profetas: Confrontar a la gente con la causa de su aflicción – el distanciamiento que tenían de la vida que Dios les había mostrado – y al mismo tiempo dar *esperanza* a través de la proclamación del “amor eterno” de Dios.

Jeremías ora diciendo: “Reconocemos, Señor, nuestra maldad, la iniquidad de nuestros padres, porque hemos pecado contra ti”. Pero su enfoque está más en lo que Dios es que en lo que la humanidad ha hecho. Continúa diciendo: “A causa de tu Nombre, no desprecies, no envilezcas el trono de tu Gloria: ¡acuérdate, no rompas tu Alianza con nosotros!”. Jeremías basa su esperanza en la definición de Dios que encontramos en las escrituras: “*amor eterno y fidelidad*” – o sea, en la naturaleza de Dios que él mismo ha revelado – pero también en el hecho y evento *histórico* de la alianza que Dios hizo con su Pueblo. “Nosotros esperamos en ti, porque eres tú el que has *hecho* todo esto”.

Este es el papel de los ministros cristianos: Dar expresión a lo que Dios es, permitiendo que Jesús, resucitado y vivo en ellos, exprese su ser verdadero a través de sus palabras y acciones, y hacer evidente que en ellos y a través de ellos Jesús continúa el ministerio que llevó a cabo en la tierra: “Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre” (Hebreos 13:8).

En **San Mateo 13:36-43** Jesús explica que no es su culpa o la de Dios que haya tanto pecado y error en el mundo. Jesús verdaderamente “sembró buena semilla en su campo”. No hay nada malo con las enseñanzas auténticas de la Iglesia. Y el poder de la vida de Dios (la gracia) no sólo está activo en su ministerio y sus sacramentos; sino que es visible en la “buena semilla” de aquellos que son fieles. Pero en el mundo, y aún dentro de la Iglesia, viene el “enemigo” a sembrar “cizaña en medio del trigo”. Debemos esperar pecados y errores, tanto en los ministros como en los que reciben el ministerio. En cada uno de nosotros hay una mezcla del bien y del mal, de verdad y falsedad, de pecado y santidad. Si tratamos de “expulsar” de la Iglesia a todos los que son pecadores, o sólo excluirlos del ministerio, tendremos que rechazar a todos, ¡incluyéndonos a nosotros mismos! El camino de Jesús es dejar que “el trigo y la cizaña” crezcan juntos, posponer el juicio hasta que el tiempo revele la orientación profunda y final del corazón de cada uno. Al final la gloria de Dios será revelada: “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre” *por el honor de su nombre*.

Iniciativa: Sé un Sacerdote. Deja que la “buena semilla” de la gracia se exprese en ti.

Semana XVII de Tiempo Ordinario (Año II) MIÉRCOLES

El Salmo Responsorial da a los ministros la base necesaria para la esperanza: “*Dios es mi refugio en el peligro*” (Salmos 59).

En **Jeremías 15:10-21** el profeta protesta que a nadie está dañando, sin embargo “todos me maldicen”. Y la razón es precisamente su cercanía a Dios: “tus palabras eran mi gozo y la alegría e mi corazón, porque yo soy llamado con tu Nombre, Señor”. La cercanía a Dios algunas veces significa alejamiento de otras personas: “Yo no me senté a disfrutar en la reunión de los que se divierten; forzado por tu mano, me mantuve apartado, porque tú me habías llenado de indignación”.

Dios no promete que terminará con las persecuciones; sólo asegura a Jeremías que no lo van a lastimar: “Te combatirán, pero no podrán contra ti, porque yo estoy contigo para salvarte y librarte”. Esto nos recuerda la promesa que Jesús hizo a los discípulos a quienes envió a una misión:

Serán entregados hasta por sus propios padres y hermanos... y a muchos de ustedes los matarán... Pero ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza.

O “ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza” no significaba para Jesús lo mismo que para nosotros, o bien ¡los discípulos ya estaban todos calvos! (San Lucas 21:16-19 y ve 9:23-27).

Esta es la paradoja del ministerio cristiano: el amor que nos impulsa (2Corintios 5:16) a llevar el ministerio a los demás frecuentemente causa hostilidad que nos separa de los demás. Pero no necesitamos que nos acepten – o aún que nos mantengamos físicamente vivos – para disfrutar “la vida en plenitud”. Todos estaremos perfectamente unidos en el “banquete de bodas del cordero”. Hasta entonces, la vida en este mundo es tanto una invitación y un obstáculo para la “paz y la unidad de su reino” (ve Apocalipsis 19:6-9 y el Rito de la Comunión de la Misa). El ministerio cristiano es simultáneamente una fuente de paz y un conflicto (ve San Lucas 10:5-6; 12:51-53). Es por esto que necesitamos recordar que: “*Dios es mi refugio en el peligro*”.

En **San Mateo 13:44-46** Jesús nos dice que sólo podremos entrar al reino de los cielos dando “todo por el Todo”. Para comprar el campo con el tesoro escondido, necesitamos vender todo lo que tenemos. Para comprar la perla de una belleza única debemos de vender todas las perlas que tenemos en nuestra colección. El ministerio cristiano es gratis (San Mateo 10:8; Isaías 55:1). Pero lo que nuestro ministerio ofrece cuesta más que todo lo que hay en la tierra, incluyendo la vida misma. Pero sólo sabemos el valor que una cosa tiene para nosotros basándonos en lo que estamos dispuestos a pagar por ella. Vemos la muerte de Cristo como la medida de su amor por nosotros, y él hizo que nuestro ministerio a los demás sea la medida de nuestro amor por él (Romanos 5:8; 8:32; San Juan 14:31, 21:17; 1San Juan 3:16). No conoceremos a Dios como tal hasta que demos todo por el Todo que el es.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Da libremente pero pide todo por el Todo que das.

Semana XVII de Tiempo Ordinario (Año II) JUEVES

El Salmo Responsorial nos recuerda que debemos confiar en Dios para recibir los frutos del ministerio: “*Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob*” (Salmos 146).

El fruto del ministerio cristiano depende de dos cosas que no están bajo el control del ministro: *la gracia* y *el libre albedrío*. Por este motivo no podemos esperar que los resultados sigan simplemente la ley de la causa y efecto. El ministerio de Dios no necesariamente da buen fruto. Nosotros sembramos y regamos, pero Dios hace crecer la semilla – si es que cayó en tierra buena (1Corintios 3:5-15; San Mateo 13:3-30).

Jeremías 18:1-6 se enfoca en la gracia, o la acción de Dios en los corazones de aquellos a quienes llevamos el ministerio. La “gracia” simplemente significa “favor”. Puede significar el *don viviente* de la participación en la vida de Dios, que es la salvación (gracia *habitual*). Éste pasaje presenta a Dios como un alfarero moldeando la arcilla en su torno. “cuando la vasija que estaba haciendo le salía mal... él volvía a hacer otra”. Luego concluye: “Sí, como la arcilla en la mano del alfarero, así están ustedes en mi mano, casa de Israel”. Aunque lo más evidente para nosotros son los efectos de las decisiones humanas, la verdad es que Dios es quien tiene el control de las cosas. Él respeta la libertad de los seres humanos – lo que significa que nos permite pecar aún cuando nos causa daño y sufrimiento a los demás – pero aún así él sigue teniendo el control, y al final triunfará. Esto es algo que reconocemos y pedimos cuando oramos como Jesús nos enseñó: “Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Y en nuestro ministerio buscamos sobre todo actuar en unión con Cristo que está en nosotros, para que su gracia pueda trabajar a través de nosotros.

Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer. (San Juan 15:5).

San Mateo 13:47-53 nos recuerda que el ministerio cristiano es una cooperación con el Espíritu vivo de Dios, cuya acción nunca podemos predecir.

Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu... El viento sopla donde quiere... pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu.

El ministerio cristiano no es solamente enseñar una doctrina estática o unas leyes claramente explícitas. El buen ministro debe estar en contacto con el Espíritu Santo que trabaja en la Iglesia, descubriendo constantemente y comunicando “lo que es nuevo y lo que es viejo”.

Por esto no siempre podemos juzgar los movimientos nuevos o las direcciones en la Iglesia. “El Reino de los Cielos se parece también a una red que se echa al mar” y recoge toda clase de cosas. Algunas no se aclararán hasta que “al fin del mundo... los ángeles y separarán a los malos de entre los justos”. “No extingan la acción del Espíritu” (1Tesalonicenses 5:19).

Iniciativa: Sé un sacerdote. Permanece abierto al Espíritu de Dios en ti y en los demás.

Semana XVII de Tiempo Ordinario (Año II) VIERNES

El Salmo Responsorial nos invita a tener confianza cuando nuestro ministerio causa hostilidad: “*Que me escuche tu gran bondad, Señor*” (Salmos 69).

En **Jeremías 26:1-9** el profeta es amenazado de muerte por su propia gente por predicar lo que ellos no quieren escuchar. Debemos estar en guardia contra esto, tanto al dar como al recibir el ministerio. Aquellos que no están listos para escuchar el mensaje lo atacarán y luego se voltearán contra el mensajero:

No den las cosas sagradas a los perros, ni arrojen sus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen y después se vuelvan contra ustedes para destrozarlos (San Mateo 7:6).

El 4 de julio de 1859, el padre Eli Lindesmith con sus clases de catecismo y sus clases de los domingos celebró públicamente el Día de la Independencia cerca de Canton, Ohio. Escribió que los que no son católicos estaban “asombrados, y deseaban escuchar más cosas acerca de mí y acerca de los católicos”. Empezaron a invitarlo a que hablara en “las escuelas y salones de actos del pueblo y aún en las iglesias protestantes”, y lo hizo “con la condición de que los pastores y las autoridades de la iglesia, los directores de las escuelas y los concejos ciudadanos dieran su consentimiento”. Pero algunos católicos, “que habían arribado recientemente de Europa, y que aún no habían aprendido lo que podemos y debemos hacer en los Estados Unidos libres” quedaron “perplejos”. Algunos, “aún algunos sacerdotes” dijeron: “Va a causar disturbios, nos perseguirán; quemarán nuestras iglesias como lo hicieron en Filadelfia en 1844”. Lo denunciaron con el obispo y diseminaron rumores de que había dejado la Iglesia y “era ahora un pastor protestante”. ¿Por qué? Porque él había obrado “más allá de los límites” (o sea “inspirado por el Espíritu Santo”), y muchas personas se sienten amenazadas por todo lo nuevo.⁴⁵ Por eso, algunos católicos llamaron al Vaticano II “protestante” y dejaron a la Iglesia, mientras que otros entre nosotros aún están tratando de resistir la unión y los servicios compartidos con otros cristianos. La “facción de los fariseos” católicos condena todo pensamiento o acción “más allá de los límites” ¡con un fervor fundamentalista! ¡El ministerio de la paz despierta conflictos!

En **San Mateo 13:45-58** cuando Jesús predicó en su pueblo natal, la gente estaba “maravillada” (compara con “perplejos” en el párrafo anterior). El no era el “hijo del carpintero” al que estaban acostumbrados, y no se podían adaptar al cambio. En este caso rechazaron el mensaje a causa del mensajero.

Todo ministerio cristiano es Dios que actúa a través de instrumentos humanos. Para hacer que sea más aceptable, tenemos que ser tan parecidos a Dios como nos sea posible en nuestras palabras y nuestras acciones, pero sin rehusarnos jamás a llevar el ministerio a causa de nuestras faltas.

Iniciativa: Sé un sacerdote: Sigue al Espíritu a pesar de la carne.

⁴⁵ (The Amazing Father Lindesmith – Chaplain in Indian Country, por James Kolp, St. Raphael Center, Canton, 2004, info@catholicbook.net).

Semana XVII de Tiempo Ordinario (Año II) SÁBADO

El Salmo Responsorial continúa con el Salmo 69: “Escúchame, Señor, el día de tu favor”.

Jeremías 26:11-24 nos abre otra dimensión del ministerio: llevar el ministerio a los ministros. “Ajicám, hijo de Safán, protegió a Jeremías e impidió que fuera entregado en manos del pueblo para ser ejecutado”. No debemos pensar que todos están en contra de nuestro ministerio.

Una noche, el Señor dijo a Pablo en una visión: "No temas. Sigue predicando y no te calles... Nadie pondrá la mano sobre ti para dañarte, porque en esta ciudad hay un pueblo numeroso que me está reservado" (Los Hechos 18:9-10).

Debemos estar conscientes de que Dios enrola a muchos para apoyarnos – y también de la necesidad de apoyo y aliento que todos los ministros cristianos tienen. Por su naturaleza, nuestro ministerio genera oposición porque hace un llamado a todos, tanto cristianos como no cristianos, a alcanzar un nivel de pensamiento y acción que va más allá de lo humano. Jesús dijo:

Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya. Pero como no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué de él, el mundo los odia (San Juan 15:19).

Pero aún en el mejor entre nosotros hay algo “del mundo” que se resiste al Evangelio. Por esta razón es muy importante que todos los cristianos – especialmente aquellos que están tratando de vivir su consagración bautismal como sacerdotes a través de su ministerio – nos unamos como *comunidad* para darnos apoyo mutuo.

Una “comunidad” cristiana es una “unidad común” de fe y compromiso que se *expresa* por medio del lenguaje o símbolos que todos entienden. Entonces, para apoyarnos mutuamente, debemos estar dispuestos a ir más allá de lo esperado para dar *expresión* a nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor en la presencia mutua. A todos debe de quedarles muy en claro que no están solos ni en sus creencias, ni en los ideales que están tratando de alcanzar, ni en el trabajo que están tratando de realizar.

El primer lugar en que debemos de hacer esto es, por supuesto, en la Misa. Debemos ser ministros para todos los presentes, celebrando con entusiasmo y con una participación “plena, activa y consciente” en los misterios que ahí se expresan por medio de las palabras, gestos y cantos. Pero también debemos dar expresión creativa, más particular y personal en pequeños grupos de discusión y oración compartida.

Puede ser que la vulnerabilidad inherente en revelar nuestro interior a los demás sea algo que nos asuste. Por ello, **San Mateo 14:1-12** nos recuerda que la perfección del ministerio se encuentra en el “amor perfecto”, y no hay “amor más grande” que “dar la vida por los amigos” (San Juan 15:13; Hebreos 2:10; 1San Juan 4:18). El ministerio de Juan Bautista causó su muerte. El nuestro nos llama a “morir a nosotros mismos” para así alcanzar una manifestación personal.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Forma comunidad a través de una autoexpresión mutua.

Domingo XVIII de Tiempo Ordinario (Año A)

Da el don que has recibido

INVENTARIO

¿Piensas que Dios es quien provee todo lo bueno, o que es solamente una alternativa a algo peor? ¿Te acercas a él por miedo, obligación o por deseo propio? ¿Le sirves por obligación o por esperanza? ¿Qué esperas de Dios? ¿Es tu actitud habitual la proclamada en el Salmo de esta Misa: “Abres, Señor, tus manos generosas y cuantos viven quedan satisfechos”?

ALIMENTACIÓN

Esta Misa puede cambiar toda nuestra percepción de Dios. El Salmo Responsorial establece el tema: “*Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores*” (Salmos 145). Por esta razón, en la Antífona de Entrada nos acercamos a él con este deseo: “Señor, no tardes”. En la(s) Oración(es) Colecta(s) le pedimos a Dios que esté cerca de nosotros, que restaure nuestra vida y que nos brinde seguridad. Y declaramos los dones que sin medida fluyen de su bondad y que nos traen la paz... que nuestra vida es su don y que sólo su amor nos hace sentirnos completos. El Dios que aquí nos presenta la Iglesia es un Dios deseable, un Dios a quien buscar, un Dios de quien se puede obtener todo lo que queramos – en pocas palabras, un Dios que nos sacia “*de favores*”. Éste es el Dios que conoceremos y disfrutaremos en el cielo. ¿Por qué no empezar ahora?

El Don Gratuito

En **Isaías 55:1-3** el Señor dice: “¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos, y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo, y sin pagar, tomen vino y leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias, en algo que no sacia?”. Éste es un Dios que da y que quiere dar. ¿Por qué nos empeñamos en no recibir lo que nos ofrece?

Domingo XVIII de Tiempo Ordinario (Continuación)

Es básicamente porque no creemos en él. No creemos que lo que nos ofrece es lo que realmente queremos. No creemos que Dios abre sus “*manos generosas y cuantos viven quedan satisfechos*”. Tenemos deseos que no pensamos que se pueden satisfacer por medio de una relación más profunda con Dios. De hecho, no estamos seguros que una relación más profunda con él nos dará cosas que realmente deseamos. Puede ser que, al llegar a adultos, algunos de nosotros creamos en esto pero, ¿cuántos adolescentes lo creen? Pregúntale a cualquier adolescente en la Iglesia: “¿Qué esperas sacar de la Misa?” y ve la respuesta que te da. No hace falta preguntarles; está escrito en su lenguaje corporal.

O también puede ser que no creamos que podamos obtener de Dios algo “gratuito”. Y Jesús parece respaldarnos en esto. Él dice que tenemos que dar la el todo por el Todo, vender todo lo que tenemos a cambio del tesoro enterrado en el campo, estar dispuestos a perder nuestras vidas para encontrar la Vida. Esto no suena como un almuerzo gratuito.

Para esto hay dos respuestas. La primera se refiere al nivel del don o de la vida que queremos. A los niveles más básicos, todos los dones de Dios son gratuitos. ¿Cuánto pagamos por nuestra existencia? ¿Por el aire que respiramos, por el sol y la luna, por la belleza de la naturaleza o por los frutos de la tierra? ¿Cuánto nos cuesta hablarle a Dios? No “pagamos por hora” para entrevistarnos con él. ¿Cuánto nos cuesta leer sus palabras? No hay que pagar colegiatura para recibir la educación que más nos puede ayudar a mejorar nuestras vidas en la tierra. ¿Cuánto nos cuesta recibir la Comunión? ¿Cuánto, ser alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo? Para los que aceptan este don gratuito, Dios promete otros dos: “El que come mi carne y bebe mi sangre *tiene Vida eterna... permanece en mí y yo en él*”. (San Juan 6:54). Éste no es un almuerzo gratuito; es un festín gratuito – sin final y ¡sin resaca!

La segunda respuesta se refiere al significado de “gratuito”. ¿Es gratis si tienes que estirar la mano y arrancar la fruta del árbol? ¿Es dinero gratis si tienes que agacharte a recogerlo? Basados en esta norma relativa, lo que Dios da a quienes lo aceptan es gratuito, aún cuando nos cueste la vida. Esto nos trae de vuelta a nuestra pregunta original: ¿Creemos realmente que Dios nos sacia “*de favores*”, que abre sus “*manos generosas y cuantos viven quedan satisfechos*”?

“Por que tengo la certeza...”

San Pablo la tenía. En **Romanos 8:35-39** él declara tener la “certeza” de que el don del amor de Cristo es tan abrumadoramente satisfactorio para quienes lo experimentan, que nada podría persuadirlos de dejarlo.

¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?... Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Esto nos hace preguntarnos si estamos viviendo nuestra “religión” de forma que nos deja experimentar este amor. Si lo estamos haciendo, diremos que lo que Dios nos ha dado es “gratis” a cualquier precio.

“No sólo de pan vive...”

El verso del Aleluya nos recuerda la primera tentación de Jesús, que fue dar a la gente lo que ellos *creían* que les daría satisfacción en lugar de lo que realmente lo hace: “El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (ve San Mateo 4:4). Ahora, en **San Mateo 14:13-21**, Jesús nos da un anticipo del pan que sí satisface. La “multiplicación de los panes” era un anticipo de la Eucaristía, el Pan vivo, el don de Jesús mismo. Aquí el pan y la palabra se combinan: Jesús es la Palabra de Dios hecha carne; la Palabra de conocimiento pronunciada por el Padre por toda la eternidad (ve San Juan 1:1-18). Y él dijo: “Yo soy el pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed”. “Al que tiene sed, yo le daré de beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida” “el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo” (San Juan 6:35-51). Verdaderamente, “*Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores*”

VISION

¿Me ha convertido esta Misa a tener un entendimiento diferente de Dios? ¿Lo veo como alguien que puede satisfacer todos mis deseos? ¿Qué decisiones más expresan esta conversión?

INICIATIVA

Sé un sacerdote. Da a Dios como un presente a los demás.

Semana XVIII de Tiempo Ordinario (Año II) LUNES

El Salmo Responsorial ruega: “*Instrúyeme, Señor, en tus leyes*” (Salmos 119).

En **Jeremías 28:1-17** el conflicto de Jeremías con el profeta Ananías nos recuerda la dolorosa verdad de que aún entre aquellos que han aceptado el trabajo amoroso del ministerio en la Iglesia puede haber desacuerdos y hostilidad abierta. ¿Cómo podremos saber quién tiene la razón?

La acción de Dios contra Ananías nos enseña a todos los que somos ministros a cuestionar nuestras propias enseñanzas. El trabajo del Espíritu Santo es la unidad. Si hablamos en contra de otra voz en la Iglesia, debe ser con temor y renuencia, y sólo después de una “búsqueda e investigación” de nuestros propios corazones y de visitar profundamente la doctrina en cuestión. En el Salmo Responsorial encontramos señales que debemos de buscar en nosotros mismos para saber si somos auténticos:

1. ¿Me *deleita* la ley de Dios? (v. 7, 11, 14, 24, 35, 74, 79, 103).
2. ¿*Medito* profundamente en la palabra de Dios? (v.15, 97-100, 104-105).
3. ¿Busco *límites* o busco el misterio *infinito* de lo que es Dios? (v. 18, 20, 27, 32-37, 41, 81-82, 96, 120, 123).
4. ¿Me enfoco en guardar las leyes o en el “amor eterno” de Dios y en buscar una relación con él? (v. 58-59, 94, 122, 124, 146).
5. ¿Guardo las leyes buscando aprobación, o tomo *decisiones* responsables al aplicarlas, defendiendo la verdad, algunas veces aún en contra de las autoridades? (v. 19, 45, 46, 134, 157, 161).
6. ¿Interpreto cada una de las leyes a la luz de su objetivo y del deseo de Jesús de que debemos tener “vida en abundancia”? (v. 45, 50, 56, 93, 172, 175 y San Juan 10:10).
7. ¿Interpreto las leyes en el contexto de la teología y de la tradición de la Iglesia, siendo tan “católico” que a veces “entiendo más que mis maestros” porque veo más al pasado que ellos? (v. 42, 44, 53, 90-91, 98-100, 111, 130, 139, 142-144).
8. ¿Estoy totalmente comprometido a la verdad como tal y escucho a la *gente* sin buscar *errores* para condenar? (v. 68, 70, 78).
9. En la lealtad que profeso a las enseñanzas de la Iglesia, ¿”escojo” e ignoro declaraciones desafiantes sobre la justicia social o la riqueza y me enfoco en leyes morales obvias y reglas para “mantener la casa en orden”? (v 101, 113).
10. ¿Doy mi lealtad primordial a la verdad como tal y no a un “partido” particular dentro de la Iglesia? (v. 63, 69).

Finalmente, ¿Ruego continuamente con humildad: “*Instrúyeme, Señor, en tus leyes*”?

En **San Mateo 14:13-21**, cuando Juan es asesinado Jesús se “aleja” con sus discípulos “a un lugar desierto para estar a solas”. Nosotros enfrentamos la persecución por medio de la oración.

Pero las multitudes lo siguieron, y Jesús obedece la regla que él mismo nos dio: Si me amas, “apacienta mis ovejas”. (San Juan 21:15-17). Esta regla debe gobernar toda norma y decisión pastoral. Es la máxima de un ministerio auténtico.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Busca a Dios en las leyes y ve las leyes sólo en Dios.

Semana XVIII de Tiempo Ordinario (Año II) MARTES

El Salmo Responsorial es un llamado a la esperanza: “*El Señor reconstruyó Sión, y apareció en su gloria*” (Salmos 102).

Jeremías 30:1-22 está de acuerdo que los que dicen que ya no hay esperanzas ¡tienen razón! “Porque así habla el Señor: ‘¡Tu herida es incurable, irremediable tu llaga!’”. En cualquier época o lugar de la Iglesia podemos decir : “tu dolor es incurable. Tu culpa es tan grande, son tantos tus pecados...”.

Pero para los cristianos, como para Israel, la desesperación es la base de nuestra esperanza. Si confiamos en la sabiduría o en alguna virtud que tenemos, o en una iniciativa, planes pastorales o proyectos que ideamos, estamos perdidos. Jesús dijo que aún él, separado del Padre, “no puede hacer nada”. Y nosotros nada podemos hacer separados de Jesús (San Juan 5:19, 30; 8:28; 15:5). Así que como ministros de Cristo siempre tenemos razones para desesperarnos y nunca tenemos razones para desesperarnos.

Más adelante, la profecía de Jeremías dice que Dios no sólo puede curar lo incurable, sino que intenta hacerlo. Con este espíritu venimos hoy a Jesús como el leproso que dijo: “Señor, si quieres, puedes purificarme”. El Evangelio nos dice que Jesús le respondió: “Lo quiero, queda purificado”. Y al instante quedó purificado de su lepra” (San Mateo 8:1-3).

Jesús no promete resultados tan inmediatos, visibles y dramáticos cada vez que oramos. Pero su “lo quiero” es su postura permanente. Es una consecuencia y una manifestación del “amor eterno”, de su “misericordia y fidelidad” que perduran y que son el núcleo de la gloria de Dios y en las escrituras son la “definición virtual” de su ser (ve Éxodo 33:12 al 34:6 y el *Jerome Biblical Commentary* sobre San Juan 1:14). Si conocemos a Dios, nuestro ministerio siempre será un ministerio, no de optimismo humano que puede dejarnos decepcionados y desilusionados, sino de esperanza divina. Nuestra confianza está basada, no en lo que vemos, sino en lo que sabemos. Y sabemos que “*El Señor reconstruyó Sión, y apareció en su gloria*”.

En **San Mateo 14:22-36** tenemos una imagen de la Iglesia que en sus inicios era llamada a confiar. Jesús había ascendido al cielo – “subió a la montaña para orar a solas” – y sus discípulos se quedaron en la barca (la Iglesia) “sacudida por las olas” y el “viento en contra” de la actitudes y valores de la cultura. Se sentían amenazados, abandonados y solos – ¡tal como nosotros nos sentimos ahora!

Luego Jesús fue a ellos, caminado sobre las aguas. Pero como en las apariciones después de su resurrección, los discípulos no lo reconocieron (San Lucas 24:15, 31; San Juan 2:4, 7). Pensaron que era un fantasma. Cando Jesús les dice: “Tranquilícense, soy yo; no teman” Pedro arriesgó su vida para averiguar si era verdad. El ministerio vive basado en la confianza de que se realiza en riesgo y se confirma en encuentro.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Acepta cualquier riesgo para encontrar a Jesús vivo.

Semana XVIII de Tiempo Ordinario (Año II) MIÉRCOLES

El Salmo Responsorial es un llamado a la esperanza: *“El Señor reina, altísimo sobre toda la tierra”* (Jeremías 31).

Jeremías 31:1-7 nos da una mirada retrospectiva al corazón de Dios que debe ser la guía y la base de todo nuestro ministerio a los demás: Dios simplemente se deleita en nuestro bienestar – siempre y sin importar como nos hemos portado con él. Dios no guarda rencores, no tiene deseos de castigar, no tiene apremio para hacernos “pagar” por nuestros pecados. Si alguna vez Dios quiere “enseñarnos una lección”, lo único que quiere hacer es eso, “enseñarnos”, sin darle matices de castigo. Dios hace el bien a cualquiera y a todos en cualquier momento y de cualquier manera que lo acepten, sin importar lo que realmente merecen de él. Los recuerdos nunca moderan sus dones a nosotros.

El pueblo de Israel trajo el sufrimiento y el desastre a sí mismo al alejarse del camino del Señor. Jeremías lo describe vívidamente – y al estilo del Antiguo Testamento, adaptado a las concepciones de sus oyentes, habló como si Dios hubiera enviado sus sufrimientos como castigo por su infidelidad. Pero tan pronto como el pueblo de Israel está listo para arrepentirse y volver a Dios, él sólo se enfoca en lo bueno, hermoso y feliz que puede ser su pueblo: “Serás reedificada... de nuevo te adornarás... y saldrás danzando alegremente... de nuevo plantarás viñas”. Dios estaba feliz a causa de su pueblo.

Todo ministerio nos sujeta al riesgo del rechazo. Las fallas duelen, y cuando fallamos al tratar de convertir a la gente o de hacerlos mejorar puede ser que nos enojemos. Sucede así porque estamos midiendo la justicia en lugar de prodigar amor. Sólo necesitamos unirnos a Dios diciendo: “Yo te amé con un amor eterno” – y regocijarnos en todo bienestar.

San Mateo 15:21-28 nos muestra a Jesús rompiendo sus propias reglas. Su misión, y la de sus discípulos antes de su resurrección, era sólo para “las ovejas perdidas del pueblo de Israel” (San Mateo 10:5-6). Pero cuando una mujer cananea le gritaba: “¡Señor, Hijo de David, ten piedad de mí!” Jesús subordina su regla a la necesidad de la mujer. Él ve, no su nacionalidad o su ortodoxia religiosa, sino su fe en él: “Mujer, ¡Qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo!”.

El ministerio de la Iglesia tiene que guiarse por medio de reglas. Pero nunca debemos dejar que las reglas se impongan sobre una respuesta personal a la fe, la esperanza o el deseo visibles en otra persona. No debemos preguntarnos si una persona está “bien con la Iglesia”, sino solamente si está pidiendo ayuda para conocer y experimentar el amor de Dios. Jesús no dijo: “Si las reglas lo permiten, apacienta mis ovejas”. Él dijo: Si me amas, “apacienta mis ovejas”. Y esto incluye a sus “otras ovejas” que no forman parte del rebaño (San Juan 10:16, 21:17). Los apacientamos a todos.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Da a todo el que pida, guiándote por el amor de Dios.

Semana XVIII de Tiempo Ordinario (Año II) JUEVES

El Salmo Responsorial pide: “*Oh Dios, crea en mí un corazón puro*” (Salmos 51).

Jeremías 31:31-34 nos presenta el clímax de nuestras lecturas del libro de Jeremías. Describe nuestra relación con Dios en la “nueva alianza” sellada con la sangre de Cristo y confirmada por el don de su Espíritu: “*pondré mi Ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones*”.

La Iglesia, que es la comunidad establecida por Cristo y parte de la nueva alianza,

no habrá de instruir cada cual a su conciudadano... diciendo: “¡Conoce al Señor!”,
pues todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos.

Durante el Bautismo, El Espíritu Santo *crea un corazón nuevo* en todos los creyentes. Cada uno de los miembros de la Iglesia está ungido, consagrado, designado por Dios como *sacerdote, profeta y rey, o administrador* del reino de Cristo. En la Iglesia no hay quienes no son sacerdotes, no hay quien no tiene el don y el llamado a ser testigo profético, no hay quien Jesús no lo haya hecho su “administrador”, responsable por fomentar el reino de Dios en la tierra (San Mateo 24:45). El Bautismo nos compromete y nos habilita a todos para cumplir la triple función de Jesús: *Sacerdote, Profeta y Rey*.

Esto no significa que no hay necesidad de que seamos ministros entre nosotros mismos. Sí la hay, pero de *igual a igual*. Nos enseñamos los unos a los otros, pero no pretendemos tener el *puesto* de “maestro”, porque Jesús dijo: “no tienen más que un Maestro [Jesús] y todos ustedes son hermanos”. Hay diversidad de funciones y de dones, pero “en cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común” (San Mateo 23:8; 1 Corintios 12:7; Romanos 12:4-8). Los obispos y los sacerdotes ordenados tiene las funciones particulares de enseñar y de administradores (Tito 1:7), y hay diferentes grados de autoridad en la Iglesia. Pero el poner grados de dignidad para diferenciar la autoridad de funciones es violar la enseñanza de Jesús (San Mateo 23:1-12; San Lucas 9:46-48; 22:24-27). En la Nueva Alianza, aquellos que enseñan son sólo compañeros estudiantes que recitan lo que han aprendido, y aquellos que aprenden son todos maestros de lo que han aprendido hasta ahora.

En **San Mateo 16:13-23** Jesús le da a Pedro la autoridad para mantener a la Iglesia unida y fiel a su enseñanza. Pero el primer acto de Pedro fue oponerse a la forma en que Dios iba a salvar al mundo! “Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá”. Los Papas pecan y fallan, como también lo hacen los Obispos, los sacerdotes y los laicos. Jesús “garantiza” ciertos *ministerios* (definición infalible del dogma y los sacramentos), pero no la santidad o la sabiduría de un *ministro* en particular. Minimizar el papel de los laicos pensando que hay algo “más alto” en la jerarquía o el clero es el pecado del clericalismo. Todos estamos llamados y consagrados por igual para llevar a cabo el ministerio de diferentes maneras. Así que todos debemos orar: “*pondré mi Ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones*”.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Vive tu consagración bautismal al ministerio.

Semana XVIII de Tiempo Ordinario (Año II) VIERNES

El Verso Responsorial proclama a Dios como Dios: “*Yo doy la muerte y la vida*” (Deuteronomio 32: 35-41).

Hoy (y solamente hoy) leemos del libro de **Nahúm** quien profetiza en **2:1 al 3:7** la derrota de Nínive, que había devastado a Israel: “Miren sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz”.

Frecuentemente Dios parece “hacerse a un lado” y dejar que hagamos la guerra, que oprimamos y violemos a los demás. Esto es porque Dios se mantiene firme en su decisión de dar a la gente libre albedrío. Libertad es libertad: para hacer el bien o el mal, para curar o para lastimar. Pero Dios no ha renunciado al control. A su tiempo y momento actúa contra el mal y triunfa. Nadie puede realmente dañar a aquellos que le son fieles. Dios los salva aún en la muerte y destrucción. La vida que Dios da, nadie nos la puede quitar (San Mateo 2:20; 6:25; 18:8; 19:7; San Lucas 21:16-19; San Juan 3:16; 5:18-29; 6:27-58; 10:10, 28; 11:25). Dios deja esto en claro: *Yo doy la muerte y la vida*”.

En **San Mateo 16:24-28** (y en el Evangelio de ayer) Jesús revela el verdadero misterio de la vida y la muerte, la debilidad y el poder. Él revela el misterio de su propia forma, única, divina y totalmente inesperada para salvar al mundo: él va a ganar a través de la derrota, ganar la vida para nosotros al morir y conquistar el mal amando a quienes hacen el mal. Y cualquiera que desea unírsele en la misión y el ministerio de salvar al mundo debe de hacerlo bajo los mismos términos: “que cargue con su cruz” y siga su ejemplo.

Nosotros “tomamos nuestra cruz” al *aceptar* cualquier sufrimiento que caiga sobre nuestros hombros y *entregar amor a cambio*. Tratamos de evitar el sufrimiento y liberar a los demás de él, pero cuando llega – como llegará en un mundo libre y pecador – lo *soportamos con amor*. Respondemos con amor, no con violencia, aún a quienes nos podrían matar. “Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará”.

Ésta es la clave de la forma en que Cristo salva al mundo. Pedro, a nombre de todos nosotros, la rechazó inmediatamente (ve el Evangelio de ayer). El propio Pueblo de Jesús (también a nombre de todos nosotros) lo rechazó como el Mesías porque nos llama a soportar el sufrimiento con amor en lugar de protegernos de él. El remedio de Jesús contra el pecado en el mundo es soportar las consecuencias de los pecados de los demás y retornar amor. Éste no es la clase de Salvador que queremos. Pero es la única que hay. Para llevar a cabo su ministerio con él debemos de ser “víctimas en la Víctima” así como “sacerdotes en el Sacerdote”. Nos ofrecemos nosotros “mismos como una víctima viva” (Romanos 12:1). “*Yo doy la muerte y la vida*”. Nosotros damos la vida aceptando la muerte – en todas sus formas.

Iniciativa: Sé un sacerdote y una víctima: No confíes en el poder sino en la verdad y el amor.

Semana XVIII de Tiempo Ordinario (Año II) SÁBADO

El Salmo Responsorial nos llama a tener una confianza que trascienda el tiempo: “*No abandonas, Señor, a los que te buscan*” (Salmos 9).

En la única lectura que hacemos del libro de **Habacuc (1:12 al 2:4)**, Dios responde a la pregunta que hemos seguido haciendo a través de la historia: “¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que tú escuches, clamaré hacia ti: “¡Violencia!”, sin que tú salves?” (1:1). Dios responde diciendo que no demos preguntar “hasta cuándo”, sino que debemos confiar en él: “Porque la visión aguarda el momento fijado, ansía llegar a término y no falla; si parece que se demora, espérala, porque vendrá seguramente, y no tardará”. No importa que tan mal estén las cosas, debemos de reafirmar nuestra esperanza: “*No abandonas, Señor, a los que te buscan*”.

En **San Mateo 17:14-20** un hombre le hace esta misma pregunta a Jesús específicamente como un Salvador que no está salvando: “Señor, ten piedad de mi hijo... Yo lo llevé a tus discípulos, pero no lo pudieron curar”. Lo diferente en esta historia es que los discípulos están involucrados. El padre esperaba que ellos podrían curar a su hijo. Y de hecho, Jesús los había enviado con este poder. “Jesús convocó a sus doce discípulos y les dio el poder de expulsar a los espíritus impuros y de curar cualquier enfermedad o dolencia” (San Mateo 10:1). Entonces, ¿por qué fallaron?

¿Por qué pareciera ser que los discípulos de Jesús siguen fallando ahora? ¿Por qué la Iglesia no ha sido capaz de curar a la sociedad de su compulsión a seguir destruyéndose a sí misma, de seguir arrojándose “al fuego y al agua” al seguir en todo el mundo prácticas económicas ciegas que empaquetan el polvorín de la pobreza hasta hacerlo explotar con violencia? ¿Por qué los cristianos no han reformado un sistema de prisiones que responde al crimen con una simplicidad tan primitiva que hasta podría llamarse salvaje: simplemente encerrar a la gente en jaulas comunales que se convierten en “universidades del crimen”? ¿Por qué los partidarios de la pena de muerte que asisten a la iglesia piensan que muestran respeto por la vida al matar a los que mataron? ¿Por qué preferimos seguir haciendo la guerra contra quienes nos odian y nos atacan en lugar de preguntarnos (y preguntarle a ellos) qué es lo que hacemos que los hace odiarnos tanto? ¿Por qué nosotros, que constantemente somos instados a “cambiar nuestras mentes” por medio del “arrepentimiento” (*metanoia*), preferimos seguir usando propaganda para demonizar a nuestros enemigos en lugar de buscar en nuestras propias almas?

Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús por qué no pudieron sanar al hijo, él le dijo: “Porque ustedes tienen poca fe... Les aseguro que si tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza...”. Tenemos que leer nuevamente el Evangelio de ayer y aceptar la forma de salvar al mundo de Jesús. Así seremos capaces de ejercer el ministerio en el mundo.

Iniciativa: Sé un sacerdote. Debes estar dispuesto a perder tu vida para poder salvarla y poder salvar a los demás.

¿Qué ha hecho por ti este panfleto?

Estas reflexiones fueron diseñadas para ayudarte a entender mejor tu consagración bautismal como sacerdote: o sea, como alguien consagrado y comprometido a mediar la vida de Dios a los demás dando expresión a la vida de la gracia que hay en ti.

Te ayudará a repasar y recordar lo que has visto, haciendo que te preguntes cómo has respondido a través de decisiones; y cómo podrías responder. Recuerda, la efectividad del suministro se mide de acuerdo a la autenticidad de lo producido.

- *¿Leíste estas reflexiones?
¿Pasaste tiempo pensando en ellas?*
- *Te ayudaron a entender y apreciar más “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” del amor?*
- *¿Qué sabes ahora del ministerio que antes no sabías?*
- *¿Confirmaron estas reflexiones tu decisión de vivir tu consagración bautismal como sacerdote en el Sacerdote y como víctima en la Víctima?*
- *¿Te guiaron estas reflexiones a tomar decisiones; por ejemplo: a cambiar algo en la forma en que interactúas con otras personas o en que expresas tu fe, tu esperanza y tu amor a ellos?*

Más específicamente...

- *¿Aprecias más clara y profundamente la conexión entre ser Cristo por medio de Bautismo y expresar su vida físicamente?*
- *¿Ves más claramente que la ley principal que sirve como guía de todo ministerio es el mandamiento de Jesús a Pedro: Si me amas, “alimenta mis ovejas” (San Juan 21:15-17)?
¿Entiendes en qué forma el legalismo viola esta ley?*
- *¿Ves más claramente que el ministerio es un proceso de crecimiento y de ayuda para que los demás puedan crecer hasta alcanzar el “amor perfecto” – tanto a Dios como a los demás?*
- *¿Aceptas que para poder ser un ministro como Jesús debemos rendirnos a su “camino de la cruz”, soportando todo, amando todo, sin importar lo que nos haya hecho?*
- *¿Entiendes que el ministerio es “morir a uno mismo” para vivir totalmente para Dios y para los demás en el amor?*
- *¿Estas dispuesto a hacer que toda interacción con la gente sea como un ministerio tuyo hacia ellos que trata de mejorar sus vidas a través del amor?*

Inmerso en Cristo

Para estar inmerso en Cristo:

Sé Cristo:

dejando que Cristo actúe
contigo, en ti, y por medio tuyo
en todo lo que hagas.

Sé un Discípulo:

Haciendo que la reflexión en la mente
y el corazón de Cristo sea tu
preocupación de toda la vida.

Sé un Profeta:

Haciendo que todo en tu estilo de vida
dé testimonio de los valores de Cristo

Sé un Sacerdote (por medio del Bautismo):

Dejando que Cristo se exprese en ti
y por medio tuyo a todas las personas
con las que tratas.

Sé un Administrador del Reino de Cristo:

Aceptando responsabilidad
para llevar al Reino de Dios a todos los lugares
y todas las actividades de la vida humana
en este mundo.

Inmerso en Cristo
5 pasos para una vida más plena

Reflexiones
Por David M. Knight
e-mail: knight@hisway.com

Estas reflexiones
Siguen los temas del libro
“No Power But Love”, Por David M. Knight

© His Way Communications 2008
1310 Dellwood Ave.
Memphis, TN 38127
901-357-6662
www.hisway.com
www.immersedinchrist.org